

Michel Collon
Bélgica

TRES obscenidades a propósito de los intelectuales

Ilustración: Darien

Viaje a través de las clases

Sin embargo, pido perdón porque voy a evocar mi experiencia personal, pero las clases sociales existen. Yo las he encontrado. Incluso he pasado de una a otra y esto me ha permitido interesantes comparaciones.

Nacido en una familia de la burguesía belga, con una educación muy reaccionaria con los jesuitas, he tenido la ocasión de observar desde dentro esta clase considerada superior. Me acuerdo de estas grandes cenas en las que uno gastaba en una noche el equivalente a los ingresos anuales de un parado. Esas comidas a las que uno invitaba a un señor importante porque tenía relaciones con el ministro y sería útil para los negocios futuros. Las intrigas para conseguir hacer carrera, ganar la mayor cantidad posible de dinero. Un universo en el que las clases inferiores son tratadas como simples objetos, un instrumento porque se trata de pagar lo menos posible.

Disgustado de este mundo, pero sin haber comprendido muy bien por qué, he vivido a continuación en la pequeña burguesía intelectual. En la universidad y en los círculos intelectuales con algunos amigos, elaborábamos obras artísticas o literarias, análisis filosóficos o vagamente sociológicos. Arreglábamos el mundo, pero entre nosotros. Es decir, sin haber hablado nunca con aquellos que constituían la mayoría de la población, los trabajadores, la gente de abajo. Nuestra rebelión, a comienzos del 68, tenía dos aspectos: queríamos cambiar el mundo, pero contando solo con nuestros cerebros. Como si el mundo se cambiara en la cabeza y no en la calle. Como si los más interesados en cambiar el mundo, y los únicos que tenían la fuerza para ello, no fueran las grandes víctimas, «los de abajo».

De antemano pido que me excuséis porque, si vamos a tratar del papel de los intelectuales, tengo la intención de proponer tres obscenidades a propósito de este tema. Pido, pues, excusas de antemano.

Primera obscenidad: me gustaría hablaros de las clases. Sí, las clases sociales, este fenómeno parece que ya no existe.

Segunda obscenidad: hablaremos de la clase social a la que pertenecen los intelectuales.

La tercera obscenidad será la de preguntarse si los intelectuales son útiles y en qué condiciones.

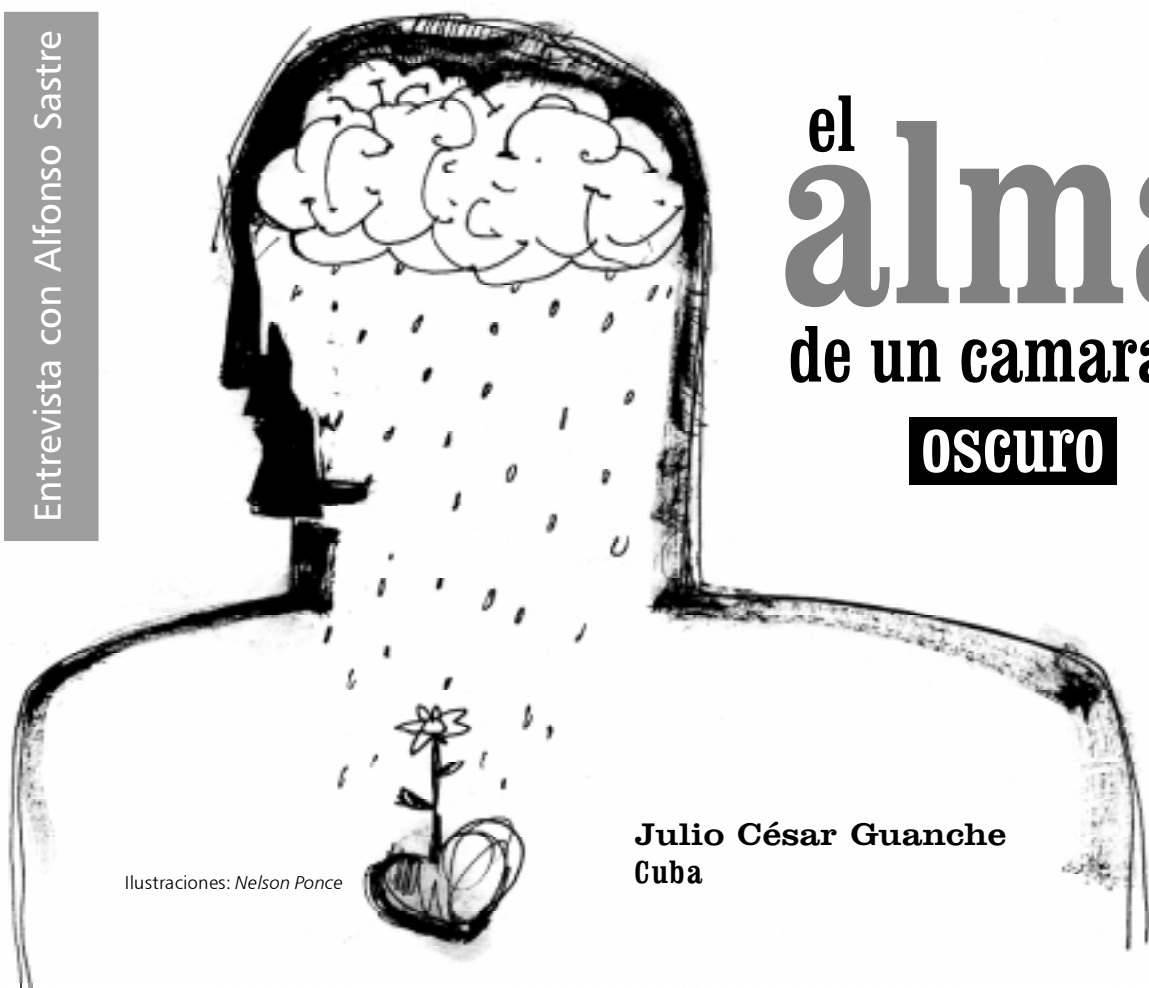
Ya os he prevenido: todo esto no es muy correcto. Ya no se habla de las clases sociales. Y mucho menos cuando se trata de los intelectuales. Los intelectuales no pertenecen a una clase, no. Al igual que los ángeles no tienen sexo.

PÁGINA
06
El cubano de
HOY
Ambrosio Fornet

PÁGINA
08
El REINO DE
Mackandal
Reinier Pérez-Hernández

PÁGINA
12
Entrevista con
GORE VIDAL

continúa en la página 10



Ilustraciones: Nelson Ponce

el alma de un camarada oscuro

Julio César Guanche
Cuba

Alfonso Sastre (Madrid, 1926), uno de los dramaturgos esenciales del siglo XX español, ha dicho de sí mismo que es un «autor mundialmente desconocido». Sin embargo, después de conferírsele en el 2002 el Premio Max de Honor, que otorga la Sociedad General de Autores y Editores de España «a la obra de la vida» por un «aporte esencial a la literatura y el teatro», quizás vea aparecer sobre las tablas uno de sus dramas, pueda leer una reseña sobre tal función en los periódicos y firme ejemplares de sus libros en alguna librería de Madrid. El hecho es que Sastre ha habitado por décadas en el Index, en la Prohibición. Durante el franquismo, sufrió la inquisición en la forma medieval, la pura censura de las representaciones de sus obras, que llegó hasta no dejarle firmar su versión del clásico *Marat/Sade*, de Peter Weiss. Actualmente, la democracia neofranquista lo condena de otra manera. De las 173 obras que se estrenaron en los teatros españoles en el año 2002, ninguna es de su autoría. Silenciado por la prensa, ignorado por los editores, difamado como «terrorista», mantiene, sin embargo, el sentido del humor y habla de que padece solo el «discreto encanto de la marginación». Con todo, cuando se le recuerda que la Historia General de las Indias, de Bartolomé de las Casas, estuvo sin publicar durante tres siglos en el país ibérico, mientras sí se publicaron las historias tributarias del Poder Colonial, y se le pregunta qué continuidades guarda la censura desde entonces hasta hoy, Sastre responde con una afirmación radical: «escribir en España ha sido siempre —y sigue siendo— luchar contra la censura, visible o invisible». Para corroborar lo que en esa afirmación le atañe a él personalmente, bastaría con revisar *Censura y represión intelectual en la España franquista: el caso de Alfonso Sastre*, libro que fuera antes una investigación de doctorado y donde se analiza, con el casuismo propio de la legislación de Indias, el «Caso Sastre». Solo «un caso más, aunque más relevante que otros en función de mi tozudez», en opinión de su protagonista.

Sastre es fundamentalmente un autor teatral, pero no radica únicamente allí la importancia de su obra. Sus registros en los territorios de la poesía, la narrativa y el ensayo lo colocan en esa difícil condición de «escritor total», que algún especialista le ha conferido al autor de *Escuadra hacia la muerte*.¹ Con sus trabajos y sus días, Sastre demuestra que para ser radical es preciso admirar al unísono los valores inderrotables de la sutileza y de cierta ambigüedad, que para ser de izquierda se hace obligatorio aborrecer los panfletos, la burocracia y la mediocridad; que la apuesta por la coherencia es muy difícil, pero imprescindible, sobre todo si se entiende que no hay solución a los problemas de la vida humana dentro de las estructuras del capitalismo; y que se puede ser un escritor «comprometido» y criticar reciamente a los intelectuales de izquierda, «o sedicentemente llamados de izquierda», a los de derecha, y a los que intentan mantenerse «neutrales en un tren en marcha», como diría su admirado Howard Zinn, a partir de una idea: el fiel de las adhesiones verdaderas no está en las doctrinas, sino en adscribirse a los intentos de responder a las necesidades de los seres humanos, a sus miserias, a sus carencias de pan, de justicia y de libertad.

La intelligentsia

«Hoy una vasta zona del pensamiento, a fuer de ser débil, se avergüenza de ser pensamiento», ha dicho usted. Si la actividad de pensar conserva en algo su antiguo prestigio, ¿dónde estaría su dignidad?

Su dignidad reside en la fuerza con la que asume su irrisoria. El pensamiento es un héroe irrisorio, que es como yo defino a los de mis «tragedias complejas». Alguien que saca fuerzas de su flaqueza y es capaz de plantearse, por ejemplo, desde una casita de Königsberg y con frío, cuestiones sobre la posibilidad de los juicios sintéticos *a priori* o sobre el proyecto magno de una sociedad sin clases.

«No soy, digámoslo así, un pacifista a ultranza. Y desde luego prefiero la resistencia —¿hasta la muerte?; en el momento de esa decisión, he de confesar que mis piernas tiemblan— a la rendición y al abatimiento de la bandera roja. La paz es uno de los nombres de la justicia. Sin justicia, el orden público es la peor guerra posible.»

«La intelligentsia ha sido generalmente una capa siempre sospechosa de connivencia con el Poder», idea que afecta por igual a Cervantes, Lope de Vega, Quevedo y Calderón. Con todo, hay otra idea que considera sospechoso al Poder mismo. ¿Qué relación tiene Alfonso Sastre con el Poder? ¿Qué Poder querría para sí?

Personalmente detesto tener poder, y no digamos ejercerlo, y hago lo posible por carecer de esa capacidad (cuando dirijo algo lo dirijo lo menos posible), pero no soy anarquista y considero necesario que alguien cargue con esa capacidad social, al menos todavía y en este momento histórico —mientras se realiza la utopía de la sociedad sin clases y la consiguiente extinción del Estado.² Es necesario, digo, que alguien ejerza formas de poder justiciero contra el poder que ejerce la institución de la injusticia en el mundo. En este marco se produce toda una fronda de problemas en las relaciones entre los poderes políticos y las profesiones intelectuales y artísticas. Tú, en tu aportación al libro *Mella, cien años*, has definido y explorado algunos vericuetos de estas relaciones en la práctica,

tanto del capitalismo como del socialismo, en las formas que han tenido hasta hoy.³ Es un asunto muy complejo, y yo lo he vivido en su forma más simple: en la oposición primero al franquismo y luego a la democracia neofranquista. Pero, ¿qué habría sido de mí, o conmigo, o contra mí, en la URSS de Stalin, por ejemplo? Pero también: ¿Qué problemas hubiera yo enfrentado de haber vivido la Revolución cubana «en su interior»? No lo sé, me faltan datos y vivencias para establecer una hipótesis sobre esta cuestión. He aventurado alguna vez la noción de «crítica leal», pero no sé qué alcance tendría ni qué fronteras podrían definir esa noción.

En el diálogo de Platón sobre la muerte de Sócrates, el primero dijo preferir ser la víctima antes que el verdugo. Ante la misma situación, ¿qué elegiría Alfonso Sastre?

Ni la víctima ni el verdugo. ¡Me es imposible elegir! Aunque es cierto que ser verdugo me repugna y que ser víctima, solo me fastidia. Pero yo me veo en una especie de «tercer hombre»; de alguien que contribuya con todas sus fuerzas a cortar las manos —y a ser posible la cabeza— de los verdugos, y a impedir, en suma, su mortífera acción, incluso por medios así mismo mortíferos. Destruyores de verdugos: tal veo yo una empresa apropiada para nosotros, intelectuales y artistas.

Bertrand Russell, Jean Paul Sartre y Erdrwin Piscator, entre otros, son para usted ejemplos de lo que un intelectual debe asumir como responsabilidad moral. Ahora, la idea de la responsabilidad del intelectual carga también cargas nefastas. ¿Qué incluiría una crítica suya al concepto de «responsabilidad de los intelectuales»?

El riesgo que se corre es el de la hiperpolitización de estas actividades, que las deforma, como la sobreactuación deforma el trabajo de los actores. Cada actividad tiene su propia formalidad, relativamente autónoma. Me refiero a la hiperpolitización de la filosofía y de la ciencia, en el caso de los intelectuales, y a la de la poesía en el de los artistas. ¿Qué quiero decir con hiperpolitización? La conversión de la poesía en libelo (su degradación), y la de la filosofía en un propósito práctico a corto plazo y en un marco circunstancial.

La Teoría

Utilizando palabras de Peter Weiss, ¿qué contendría para usted una «estética de la resistencia»?

La estética no es más que una parcela, muy ilustre, eso sí, de la psicología de la sensibilidad: aquella que considera y estudia ese fenómeno de la dilatación imaginaria de lo real, o sea, de esta extralimitación particular de los sentidos corporales que es el arte, y, claro está, de la belleza de esas dilataciones. ¿Estética de la resistencia? Comporta la incorporación de ese elemento político y lo sitúa muy visible y destacado; así es que esa dilatación (en forma de obras de arte) incorpora las armas de la poesía a los procesos justicieros, revolucionarios.

Si el realismo hizo la gran crítica del siglo XIX, ¿hizo también la del XX? ¿Hasta dónde llegar con el realismo?

En el siglo XX una parte del realismo literario se trivializó (por ejemplo, en el costumbrismo), pero otra estuvo a la altura de las circunstancias y acompañó a los procesos revolucionarios, superando incluso enfermedades burocráticas como las del «realismo socialista». No obstante, tengamos en cuenta que el realismo no es más que un procedimiento político que se caracteriza por su gran sensorialidad y su atención a los detalles, y que nunca debemos confundir la realidad —tantas veces enmascaradora de la verdad— con la verdad; de manera que hay obras realistas mentirosas, y obras no realistas verdaderas.

Para asociarlo a alguien que parece admirar mucho, ¿qué deuda tiene la trilogía sobre la imaginación, de Sastre, con la Crítica de la razón, de Kant?

Enorme pero mínima —aunque parezca una paradoja. Enorme como marco intelectual: yo miro a la imaginación, Kant miró a la razón, a la voluntad y a la sensibilidad, que es donde se halla el mayor parentesco entre aquellos monumentos y esta obrilla. Mínima en cuanto que el mío es un libro, digamos, «experiencial», sacado de mi práctica como escritor fabulante, como autor de ficciones, y abordado con un modesto aparato intelectual.

El discurso

¿Puede la tolerancia devenir barbarie?

Puede ser una forma indirecta, enmascarada, de barbarie. Por ejemplo, cuando toleramos los actos bárbaros del imperalismo, o las torturas de la policía.

¿El humanismo puede devenir terror?

El humanismo abstracto puede ser cómplice del terrorismo de Estado al manifestarse condenando acriticamente, por ejemplo, las guerrillas revolucionarias. Es decir, al no distinguir entre la violencia de los opresores y la de los oprimidos.

¿La patria puede devenir cárcel?

Sí, en el chovinismo, en el patriotismo casticista, y, desde luego y sobre todo, en el fascismo.

Las obras y los días

¿Cómo se imaginaría a Alfonso Sastre sin casarse con Eva Forest, sin escribir Escuadra hacia la muerte, sin ser Antón Salamanca,⁴ sin dar con sus huesos a la cárcel?

Otro, desde luego, pero no sé quién ni cómo. ¡Ni tampoco me importa demasiado!

Cuba y su mundo

Carlos Fuentes criticó la obcecada ortodoxia «numantina» de la Revolución cubana. ¿Qué contestaría a esa idea el autor de El Nuevo Cerco de Numancia?

Yo soy un admirador de Numancia, aunque sea un admirador escalofriado por la grandeza y el horror del destino de aquella ciudad ibérica. (Por cierto, que en esta admiración me siento bien acompañado por Cervantes). Acompaño a nuestra Pasionaria (Dolores Ibárruri) en aquello de que más vale morir de pie que vivir de rodillas.

¿Qué diría hoy Ruperto, el Camarada Oscuro, sobre la Revolución cubana?

Ya lo dijo: ¡Así!

El gobernador de Cuba en 1510 tenía como misión pacificar a los «indios» cubanos. Cinco siglos después un intento similar continúa, aunque no solo con los cubanos. ¿De dónde procede esa constancia tan ejemplar?

La pacificación es una burla a la paz, una forma insidiosa de la guerra. Yo, odiando la guerra, la prefiero a ser «pacificado». No soy, digámoslo así, un pacifista a ultranza. Y desde luego prefiero la resistencia —¿hasta la muerte?; en el momento de esa decisión, he de confesar que mis piernas tiemblan— a la rendición y al abatimiento de la bandera roja. La paz es uno de los nombres de la justicia. Sin justicia, el orden público es la peor guerra posible.

¿Puede alguien estar moralmente comprometido con recoger los escombros de la casa Ulsher, como llamó usted al derrumbe del edificio del socialismo real?

Poco queda por salvar de esos escombros. Lo salvable ya se ha salvado en nosotros y en la permanencia, en nuestras sociedades, de todo lo que se le conquistó al capitalismo a pesar de todo. Eso que se salvó nos acompaña; forma parte de nosotros. Es el espíritu indomable de los bolcheviques, es el alma de los camaradas oscuros.

Siempre las dos España

Quevedo escribió España defendida al sentir amenazado a su país. Larra escribió un epitafio: «Aquí yace media España, murió de la otra media». ¿De quién habría que defender hoy a España?

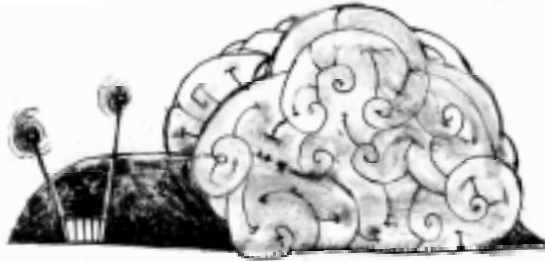
De la otra España, como siempre.

Un hombre invisible, visto por sí mismo

Si Robespierre fue llamado el Incorruptible, a usted podrían llamarle el Incorregible. ¿Cómo se las arregla Alfonso Sastre para mantener la coherencia en medio de tanto vaivén?

La verdad es que no lo sé y que no estoy muy seguro de conseguirlo, aunque procurarlo sí que lo procuro, francamente.

Para terminar, una banalidad: Pope escribió el epitafio de Newton: ¿Quién no escribirá el epitafio de Sastre? ¿Qué no dirá?



Nadie lo escribirá, pero quizás alguien recuerde en el futuro nuestras tentativas actuales. Entonces todo habrá merecido la pena. ▀

NOTAS

¹ Entre sus títulos, amén de las piezas teatrales — de ellas aparecerán próximamente en Cuba *El Nuevo Cerco de Numancia*, *Demasiado tarde para Filoctetes*, *Guillermo Tell tiene los ojos tristes* y *Los hombres y sus sombras*,—, pueden citarse *Las noches lúgubres*, *Necrópolis e Historias de California*, en narrativa; *Balada de Carabanchel* y otros poemas celulares, *El Evangelio de Drácula* y *Vida del hombre invisible contada por él mismo*, en poesía; y *Drama y Sociedad*, *Anatomía del realismo*, *Prolegómenos a un teatro del porvenir* y *Crítica de la imaginación*, en ensayo.

² Por la salvedad: la doctrina de la extinción del Estado es núcleo del enfoque democrático de la obra de Marx. Pretende que es posible diluir el Estado en la sociedad civil —esto es, que la esfera de lo público quede disuelta en la esfera de lo privado, en abierta oposición a la idea liberal— donde se deshace la propia noción de poder político y es la sociedad civil la detentadora de todo el poder.

³ Sastre se refiere al texto que con el título «El radicalismo intelectual. A cien años de Mella» apareció en *La Gaceta de Cuba*, No. 4, julio-agosto, 2003, pp. 16-19 y que, asimismo, fue publicado con el título «¿Julio Antonio, qué pasa en Cuba?», en *Mella, cien años*, Ediciones La memoria y Editorial Oriente, La Habana, 2003.

⁴ Antón Salamanca es uno de los pseudónimos utilizados por Sastre. Tras informar a la policía de Franco en 1962 que el comunista Julián Grimau, «se ha caído» desde una ventana de la Dirección General de Seguridad franquista por la que «se ha arrojado» cuando estaba siendo interrogado, corrió por Madrid un soneto titulado «La ventana indiscreta» firmado por Antón Salamanca:

Otra vez esas radios extranjeras vomitan contra España su veneno Salimos ahora al paso de ese trueno explicando las cosas verdaderas No ha habido tal señor defenestrado ni se empleó en su trato la tortura Tratósele con tacto y con dulzura Se le invitó a pasar a lo vedado Saludósele allí con cortesía Preguntósele por sus actividades de manera correcta y muy humana Dijonos su opinión de la amnistía Dijimosle después nuestras verdades Y arrojose sin más por la ventana.

http://www.lajiribilla.cu/2004/n139_01/139_09.html

AMAURY:

versión corregida y aumentada de una semblanza de hace un siglo

Una mañana, creo que de 1970, tocaron a mi cuarto para decirme que alguien preguntaba por mí. Yo vivía por entonces en un apartamento de la transitada calle 23, y no era raro que aparecieran personas constantemente. Me tiré una camisa y soñoliento caminé el pasillo que iba desde mi habitación hasta la sala. Y allí, al lado del balcón, sobre una desvencijada mecedora de mimbre, hallé una cosa larga, extrañamente enroscada en sí misma, que mirando al suelo balbuceó: «Silvio, yo también quiero hacer canciones y me llamo Amaury Pérez». Dos verdades que, como se verá, escondían no pocas sorpresas.

Uno en la vida conoce a mucha gente y por eso no siempre recuerda con nitidez los primeros encuentros. En este caso, creo que aquella mañana la conservo clara, además de por las prometedoras canciones que me fueron reveladas, por el contraste abismal que hay entre aquel tímido muchacho que se me presentó y el que me ha presentado el devenir. Porque si en esta vida hay alguien desenvuelto, expansivo y de una vehemencia exuberante, ese es Amaury Pérez Vidal.

Una vez, en un libro de astrología, leí que las cabras, entre sus características, tenían la de esconderse en el fondo del aula, para no llamar la atención, y que desde esa penumbra lo absorbían todo para rendir un deslumbrante examen de fin de curso. Con la salvedad de que no esperó a que terminara curso alguno, sino que más bien empezó a

prestidigitar sus atractivos fuegos desde muy temprano, podría decirse que esa descripción de las capacidades capricornianas coincide plenamente con nuestro aventajado amigo.

Afirmo que Amaury es el primer juglar que hubo en la nueva trova, entendiendo por juglar a quien proyecta la canción de texto en el marco de una concepción escénica. En esto se confiesa hijo de dos grandes de la juglaría en castellano: Serrat y Cortés, quienes a su vez se dicen deudores de Jacques Brel. Introducida la canción de texto dentro de un marco espectacular, esta modalidad luego tuvo continuadores tan singulares como Virulo y Carlos Varela. Pero precisamente esta manera de mostrar la canción resultó ser uno de los molinos contra los que Amaury tuvo que romper lanzas en sus inicios. Y es que Amaury surge de un movimiento que consideraba los afeites escénicos como una expresión casi satánica y que asumía el papel del

«Amaury es el primer juglar que hubo en la nueva trova, entendiendo por juglar a quien proyecta la canción de texto en el marco de una concepción escénica. Esta manera de mostrar la canción resultó ser uno de los molinos contra los que Amaury tuvo que romper lanzas en sus inicios».

cantor con un ascetismo rayano a la militancia. Por eso, sus primeras manifestaciones tipo show despertaron sorpresa y rechazo entre algunos de sus compañeros de guitarra y entre los trovadictos más fundamentalistas de nuestra generación.

Pero Amaury no se amilanó, todo lo contrario. Más bien se dedicó a «subir la parada» en entrevistas y canciones, que dejaba caer entre dolorida y ácidamente. Y quizá por ello, o cuando menos también por ello, Amaury se fue perfilando con una voz propia dentro de la canturía que por entonces se iniciaba. Creo que pulir versos y música le resultó una especie de reto personal, hasta convertirlos en el mapa coherentemente tejido que es su obra. Y es que Amaury tuvo oposición, o creyó que la tenía —da lo mismo—, y cuando algo legítimo está en juego, el conflicto puede hacer funciones de crisol.

Amaury es febril, es feroz, es de un desbordamiento tan porfiado que no solo no sabe ocultarse, sino que es incapaz de envejecer. Por eso, no esperó el fin de curso y al segundo día de clases, saltó de su pupitre, le arrebató el birrete al profesor y, desde un podio iluminado por su talento y por su ingenio,

conquista a Petí, hace canciones cada vez más hermosas y escribe un tomo de cuentos en un par de semanas. Como diría otro colega amigo: «¡Señores, el que pida más es un golo!» ▀

Palabras pronunciadas en la entrega de la Orden Félix Varela al cantautor cubano Amaury Pérez. La Habana, 11 de noviembre de 1997 y 26 de diciembre de 2003.

http://www.lajiribilla.cu/2003/n138_12/138_24.html



Ilustración: Eric

Mi pariente de Banes

Bladimir Zamora Céspedes
Cuba



CETRO DE LA IMAGINACIÓN

Para Gastón Baquero

sólo tiene una mesa y otros cuantos artilugios
traídos del rastro de los sueños
y pretende contarme toda la historia:
el tronco de la primera cuerda
el abismo donde se perdieron las amarras
y estos cabos sueltos donde ahora bailan nuestros cuerpos.

un hombrecito hecho apenas para lo imprescindible
derrama el mantel ante nosotros nos vierte el agua.
lo ve marcharse y hace un amplio acordeón con las manos
como si desplegara la cartografía de la isla
y se siente sobre la madera resobada
la sorda crepitación las yerbas en andas
el descuelgue repentino de un remoto verano.

él es un cetro de la imaginación.
frota la voz entre sus dedos
y las fotos sujetas en el sepia
cobran otra vez el timbre de entonces:
se ve a los hombres que corren incesantes
por los caminos y cantan y se complican
en un apretado y frágil remolino
como si fuera la tormenta del juicio final
y salen luego del mal paso con el espasmo de una carcajada.
corren y cantan y corren
siempre con una bandera clavada entre los hombros
cualquiera diría que repentinamente lloran
cuando en realidad sencillamente cantan.

las familias enteras trasiegan la carretera central
buscándose la vida
espantándose el polvillo impertinente de la incertidumbre
con las aves imprescindibles
el perro que siempre los prevendrá
de una mala curva en lo oscuro
y la imagen de la caridad que es definitivamente
la cuarta y providencial pata de la mesa.

tardan las carnes en su vuelta del horno y las guarniciones
por eso les brindo el vino de la casa
ha dicho el leve sirviente de antes
y se vuelve a perder en el humo zumbón de la cocina.
no le escuchamos
yo porque atiendo sólo al tablado interminable
donde él va colocando otras piezas y colocándose
en ese mecanismo invencible que es el hombre haciendo lumbre
en sus paisajes
y él porque ya se apresta a dejar el reino del entonces
aquellos tranvías de tan generosa y lenta velocidad.
alza los brazos como diciendo: estoy en vuelta abajo
entra de nuevo en la ciudad
la recorre con la misma fruición con que el ciego
dibuja en su tacto las aristas.
está otra vez sobre el labio del mar
y salta el pez de su memoria a saludarlo
sobre el misterioso bastidor de las sales.

voy tras él soy el guajiro curioso
el recién llegado en aquella montaña de plátanos
y él luce desenvuelto sonrisa y dril blancos.

hemos cogido a un tiempo las jarras pacientes del vino.
me incita a la barra de aquel bar de la calle concordia
que hace tiempo duele como una carie
las ruinas elevan el fuego fatuo de la victrola
y él pide aguardiente para mí.
brindamos sin impostación
estamos en la menuda fiesta que alumbra por encima de las viejas
torres
un repique de manos que parece interminable.

vuelve al punto el hombrecito del fondo
con las carnes las viandas las verduras y otro palmo de vino.
él se levanta gracioso como un adolescente
mira con malicia el jolgorio de los alimentos y me dice:
arrímese que es con voluntad.

parece un sonero insinuándonos la clave. ■

http://www.lajiribilla.cu/2003/n137_12/137_27.html

Conocí a Gastón Baquero el 28 de diciembre de 1990, durante mi primer viaje a España, para integrar un simposio de rivales iberoamericanos, que se celebró en la Residencia de Estudiantes de Madrid. Para mí ya era una inmensa dicha conocer tantos colegas de mi región y habitar entre las mismas paredes, entre las cuales se movieron Lorca, Buñuel y Juan Ramón. Pero el poeta Félix Grande me dio una dicha mayor. La pista necesaria para intentar encontrarme con el autor de *Saúl sobre su espada*. Un integrante de la generación de Orígenes de quien había leído todo lo poco que había caído en mis manos.

Ilustración: Eric



Vencidos los trámites de personas sin trato anterior y pertenecientes a muy distantes generaciones, nos enfrascamos por más de seis horas en una conversación sobre la que flotó siempre la bandera esencial de la cultura cubana. A partir de entonces, cada vez que volvía por allí le visitaba en su casa de la calle Antonio

Acuña, 5. Bajo. Derecha. Y la verdad es que sin dejar de hablar de poesía o de otros asuntos de literatura, en la medida en que nos fuimos haciendo amigos y después, francamente familia, ocupábamos la mayor parte del tiempo hablando de la cultura cubana, en su sentido más abarcador. La auténtica receta del congrí oriental, el curioso nombre de plantas endémicas de Cuba, la sabiduría del campesino, demostrada en su habla frecuentemente llena de tropos. Los dos somos orientales y él me decía «Guajiro».

Cuando volvíamos a la cultura, entendida solo como artística y literaria, la charla estaba cargada de esa savia de la totalidad de lo cubano. En la sobremesa de una comida criolla salida de sus manos y de la contenida nostalgia, le pregunté sobre su visión de la capital cubana. Fue muy parco. Me dijo rotundo: «La Habana es una ciudad buena para el hombre». Enseguida pensó en su poema «Testamento del pez», escrito en esta ciudad en muchos años y, sin embargo, mantenedor de un hálito de perpetua actualidad. No sin temor, le pregunté cómo al joven Gastón se le desbordó aquel nudo de sentimientos.

«Justo cuando había descubierto que la poesía era mi camino de vida, me dijo, leí el primer poema de Lezama, di con su dirección y le escribí una carta pomposa llena de admiración. Luego nos conocimos, nos hicimos amigos y desde el principio lo reconocí como un maestro. Esto no impedía el trato fraternal y el disfrute de La Habana en su compañía. Nos gustaba caminarla: mírala siempre con la mirada asombrada del recién llegado. Una noche entramos al Malecón desde el Paseo del Prado. Andábamos metidos en quién sabe cuál conversación, siempre mirando al mar. De repente, vi cómo saltaba del agua un pececito plateado, que devolvió fugaz toda la luz de las farolas, queriendo absorber en un instante todo el pulso de la ciudad, antes de enterrarse para siempre entre las sales. Ese día, cuando regresé a la casa comencé a escribir «Testamento del pez»».

En los primeros años de nuestra amistad, o dicho mejor en el regocijo creciente de reconocernos como familia, ni él ni yo insinuamos tema alguno que tuviera que ver con la política, ni mucho menos sobre las razones que lo habían decidido a marcharse de Cuba en el mismísimo año de 1959. Creo incluso que no nos hacía falta, porque ni yo ignoraba su participación en el gobierno anterior, ni él desconocía que yo vivía —vivo— en la Isla con una declarada vocación fidelista.

Me interesaba más escucharle hablar sobre su niñez humildísima en Banes, donde tuvo que trabajar con muy pocos años para ayudar a su madre y acudir a una escolita nocturna con condiscípulos mucho mayores que él, donde frecuentemente se quedaba dormido, por el cansancio de las labores del día. Y para mí, que un buen día llegué cundido de asombro a esta ciudad, fue como vivir mi propia historia, al escucharle la memoria de su llegada adolescente a la capital cubana, para estar al abrigo de su padre. Como La Habana se le fue abriendo desde que llegó a la ya desaparecida Plaza del Vapor, hasta escaparse hasta el mar, al malecón, cuando aún no tenía la más mínima sospecha de poder recorrerlo con Lezama y lograr atrapar el mentado pez en su instantánea trayectoria resplandeciente.

Con los años sí hablamos de temas que en esencia estaban relacionados con la evolución política del país. Siempre me admiró su lucidez para interpretar la trayectoria de la nación. Pude apreciarle en una charla entre cubanos coetáneos suyos también divergentes de nuestro gobierno revolucionario. Mientras ellos hablaban de Fidel como alguien caído del cielo y que injustificadamente había cambiado —según ellos— el flamante rumbo de Cuba, Gastón, a riesgo de ser tomado por comunista, era capaz de advertirles que se pudo producir el triunfo de enero de 1959, justo por una cadena de gobiernos anteriores que paulatinamente fueron traicionando las auténticas aspiraciones del cubano, desde que dejaron la manigua.

Él era sobre todo un cubano orgulloso de su condición. Era capaz de echar de su casa a alguien que por contrapunto político con la Revolución dijera que prefería no ser de aquí. Llegó a confesarme que independientemente de que no compartiera el proyecto político de Fidel, no dejaba de reconocer que en su ejercicio de gobierno, Cuba había alcanzado una relevancia universal hasta ese momento inédita. Incluso estuvo muchos años sin acogerse a la ciudadanía española y cuando por motivos razonables de seguridad social, le convencieron de que ello le era beneficioso y no lesionaba sus sentimientos, hizo los trámites. Un buen día le llamaron para firmar los documentos que lo validaban como ciudadano hispano, y cuando estaba a punto de estampar su rúbrica, se dio cuenta de que era 10 de octubre. Entonces se guardó su pluma y pidió por favor, que le permitieran volver al día siguiente.

Sus años finales los pasó en una residencia de la tercera edad que hoy lleva su nombre. Allí con muchas dificultades para caminar siguió con su mente muy clara. La primera vez que lo visité me dijo, francamente triste: «Mi'jo, me siento como en un exilio, dentro de otro exilio». Nunca le había nombrado esa palabra, pero al decírmela no pude aguantarme y le pregunté cómo resolvía la necesidad de tantas cosas que había dejado en la Isla, siendo uno de los mejores poetas y periodista mayor. Entonces me respondió: «Nunca pienso en eso y por las noches duermo con la luz encendida, para que no me asalten los fantasmas de Cuba».

La altura poética de Gastón siempre me causó un efecto paralizante. Me explico, a pesar de sus preguntas, no me animaba a enseñarle mis poemas. Pero yo tenía un enorme interés de que Gastón volviera a Cuba y por eso le hice este poema:

¡Welcome Lenin!

Eduardo Núñez
Mexico

GOOD BYE LENIN, VUELTA A LA RETÓRICA DE LOS NOVENTA

Ayer por la noche fui a ver *Good Bye Lenin*. No voy a dejar de reconocer que iba al cine con cierta predisposición crítica, es más, pensaba en todo momento en someter a la película al flagelo de la duda permanente. El título en sí ya me parecía algo horripilante, ya saben, eso de despedir a Lenin lo consideraba prepotente, escasamente acertado y de mal gusto, más cuando tan poca gente se interesa en estos últimos tiempos por estudiar la obra del revolucionario ruso, cuando la pérdida del Estado que él fundara, la Unión Soviética, supone un drama diario a sus antiguos habitantes. Para mi sorpresa, la película superó todas las expectativas y, a medida que transcurrían los minutos, me percataba de que cualquier ejercicio intelectual sería inútil. No obstante, he pensado que puede resultar interesante dar la vuelta a la película, o al menos a su *leit motiv* principal, «ponerla sobre los pies» como le gustaba decir a Marx cuando se refería al giro copernicano que él mismo operó sobre la dialéctica hegeliana.

La película te ambienta rápidamente en la RDA (República Democrática Alemana), en plena guerra fría, en tiempos de lucha por la conquista del espacio y de amenazas nucleares. Los decorados del pequeño país socialista aparecen de lo más sugerentes, con sus tonos grisáceos y opacos, con la falta de brillo y color propios del comunismo que contrastan con el relucir intenso y lleno de vida del «mundo libre», de la próspera Alemania capitalista, de la ONG del *fast food*: *Burger King*. Aquella dejadez propia del estancamiento económico socialista también se deja ver en las indumentarias cutres y anticuadas de los alemanes orientales. La protagonista de la película, una mujer tocada de la chaveta por no atreverse a saltar el muro y reunirse así con su Romeo, una marginada por los camaradas del Partido por ser idealista en exceso, se identificará con los valores rígidos y autoritarios de la «patria socialista», valores por otra parte, ajenos, poco apegados a la naturaleza informal e individualista del hombre que el sistema capitalista sí ha sabido captar de tan diestra forma.

Los momentos de mensaje genuinamente profundos de la película se pueden encontrar tras la caída del muro de Berlín, a finales de 1989. Son días de libertad. El hijo de nuestra Julieta, mientras está con su madre en el hospital aquejada de un infarto, descubre las piernas de las mujeres, se excita por primera vez y se enamora. Los «regímenes» comunistas llevaban a la inhibición sexual más absoluta, hasta esos extremos llegó la represión, la puesta en práctica del pensamiento del bien intencionado Marx. Incauto Marx... ideberías haber previsto las consecuencias! Continuemos, pues, con este joven inconformista llamado Alex, adúlador del mundo occidental, pero con pañuelo palestino al cuello. Alex tomará también sus primeros cigarrillos tras la anexión, digo, tras la reunificación, no sin atragantarse y toser como todo pardillo adolescente adiestrado en los pioneros del comunismo. Pero lo más tierno y emotivo de la película se da con el reencuentro de hijo y padre, un fugado de la RDA treinta años atrás por culpa de los «camarradas», este reencuentro simboliza a su vez la confraternización de las dos alemanías, la reunificación de dos mundos separados en el espacio cósmico. No obstante, a pesar de lo conmovedor de la reunión familiar, el pueblerino y medio paleta hijo cae en la frustración cuando descubre que, a pesar de que el padre tiene una casa «de la ostia» por —disculpe el lector lo vulgar de la expresión—, un buen coche, amigos de la alta sociedad que brindan con champán a la felicidad, grupo de música y todos esos lujos propios del capitalismo que todos disfrutamos, carece de una buena piscina climatizada en el jardín. Extravagancias de un destino caprichoso.

El mensaje final de la película no deja de ser un alegato en favor del relativismo extremo que, en última instancia, en estos tiempos de escasa esperanza por un mundo mejor, opta por hacerle el juego al sistema hegemónico mundial del hambre: el capitalismo. Las ideas de Marx, Engels y Lenin no son malas pero, a fin de cuentas, se ha demostrado en la práctica el fracaso estrepitoso de las mismas, así como la futilidad de intentar buscar alternativas al sistema cuyo evangelio eterniza la sacrosanta propiedad privada. Es cierto, bajo el capitalismo a los alemanes

orientales les esperaba la marginación respecto a sus hermanos del Oeste, el paro, la precariedad y todos esos lastres de la economía de mercado pero, a pesar de ello, ahora tienen acceso a un coche, a la ropa de última moda, a una buena antena parabólica que sintoniza miles y miles de canales en todos los idiomas, a la libertad y el libre desarrollo del ingenio, a consumir *Coca-Cola*, a un mobiliario más moderno para la casita que incluye cortinas de un rojo chillón, a llevar peinados atrevidos y coloreados, a fumar porros, etcétera.

Determinados críticos han emitido un juicio negativo de la película por tener —según ellos— un tufillo a... ¡nostalgia roja!, por no tratar los crímenes atroces del régimen comunista de Honecker. Supongo se refieren al equivalente de los crímenes de Timisoara en Rumania. En mi modesta opinión, precisamente evitar ese género de argumentaciones es lo que hace que la película tenga una carga ideológica doblemente peligrosa y enajenante. Los eternos campeones del anticomunismo deberían estar agradecidos al director de esta película porque aborda la temática anticomunista de forma mucho más inteligente: el recurso a lo retorcido y al doble sentido, la búsqueda de las vísceras y de los sentimientos más básicos para denigrar el comunismo y todos sus símbolos (el Partido, sus formas organizativas, sus dirigentes, su vocabulario e iconografía, referirse a la clase obrera y los campesinos de forma peyorativa, etcétera.), «el no pero» sí a occidente que da un aire *progre*... todo ello sin caer en los mediocres tópicos de los Conquest, Solzhenitsyn, Medvedev, Sajarov y compañía es, sin lugar a dudas, mucho más efectivo y penetrante. Vamos, campeones de la verdad, pueden repetir orgullosos y sin prejuicios: «iG-r-a-c-i-a-s W-o-l-f-g-a-n-g B-e-c-k-e-r! iG-r-a-c-i-a-s!».

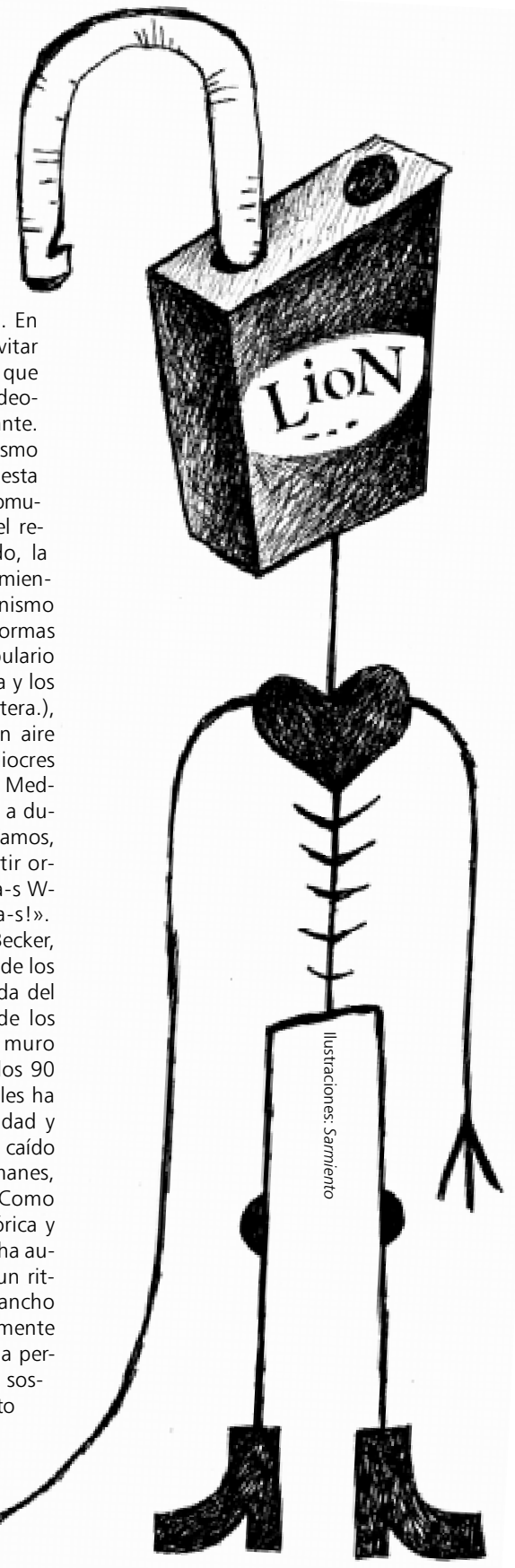
El director de la película, Wolfgang Becker, retoma con *Good Bye Lenin* la retórica de los 90 casi quince años después de la caída del muro de Berlín. Hoy, los problemas de los alemanes orientales tras la caída del muro persisten y se agravan. A lo largo de los 90 más de un millón de alemanes orientales ha emigrado al Oeste, las tasas de natalidad y matrimonios en lo que fuera la RDA han caído en picado, las desigualdades entre alemanes, lejos de disminuir, han aumentado. Como consecuencia de la manipulación histórica y la problemática social, la extrema derecha aumenta en influencia y organización a un ritmo sumamente peligroso por todo lo ancho y largo de la actual Alemania, especialmente en el Este. El Estado alemán continúa la persecución política y jurídica de todo lo sospechoso de ser etiquetado con el epíteto hiriente de «comunista». La reunificación es cada día más cuestionada, pero la

realidad es que no hubo unificación alguna, sino una anexión de la pequeña RDA por parte de la Alemania capitalista.

Habría a quienes esto les resulte demasiado, pero... por qué no acabar este breve artículo con un *¡Welcome Lenin!* Lo creo mucho más necesario que nunca, casi urgente, en estos tiempos que corren.

¡Welcome Lenin! ▀

http://www.lajiribilla.cu/2004/n140_01/140_28.html



Ilustraciones: Sarmiento

• los rostros de la identidad: una exploración colectiva



Ambrosio Fornet
Cuba

Ilustraciones: Idania

su estudio «un cierto presupuesto de incertidumbre», el saludable ingrediente cartesiano de la duda, antídoto de un «pensar simple» que ve la identidad como un bloque homogéneo, sin contradicciones ni tensiones internas. Homogéneo y, naturalmente, estático, porque bastaría concebir la identidad como algo dinámico y cambiante para darse cuenta de que no cabe en fórmulas o esquemas. Así lo subraya Isabel al recurrir a la metáfora del barco de Teseo. Se trata de un barco al que se le van quitando piezas gradualmente, lo que suscita la pregunta ontológica: «¿En qué preciso momento deja de ser un barco para convertirse en otra cosa, un cascarón tal vez?»

Aun sabiendo que no podía dar cuenta de todas sus propuestas y matices, me he detenido en esta ponencia inaugural del Taller —que abre a su vez la primera de las cinco secciones del volumen— porque podemos verla como el núcleo teórico de una onda expansiva que va abriéndose en círculos concéntricos alrededor del tema, en un riguroso

social ha cambiado, el modelo teórico que pretende caracterizarlo debe cambiar también. Esto implica un verdadero desafío para la ideología revolucionaria, que ha de ser capaz de reformular los viejos paradigmas a la luz de las nuevas realidades —restablecer el vínculo entre la conciencia teórica y la conciencia cotidiana— si quiere seguir siendo la expresión de un proyecto emancipador legítimo y viable.

La sección se cierra con un análisis de Olivia Miranda sobre la idiosincrasia y la autoconciencia cubanas. Aquí la autora introduce una dimensión histórica que le permite describir esos complejos fenómenos como resultado de un largo proceso de conflictos y mestizajes —tanto étnicos y culturales como políticos y clasistas—, pero además reflexiona sobre el pensamiento mismo que contribuyó a crear la conciencia de lo cubano en una lúcida progresión que se extiende desde Varela y Saco hasta los ideólogos militantes del 68 y José Martí.

Imposible dar cuenta del debate que sigue sin que esta reseña corra el riesgo de hacerse interminable. El estímulo intelectual que representaron las intervenciones espontáneas de varios participantes —Rigoberto Pupo, Lescy Tejeda, Armando Cristóbal Pérez, Consuelo Martín, Jorge Calzadilla, Fernando Martínez Heredia, Sergio Valdés Bernal...— hizo que algunos de los ponentes del Taller salieran a la palestra para precisar o enriquecer sus puntos de vista. Esa multiplicidad de voces, concordantes o disonantes, amplió notablemente el escenario de la búsqueda. Es sintomático el nivel de consenso que suscitó la idea de que la identidad no es un elemento que pueda existir en estado puro, como una sustancia química. «La identidad en sí misma presupone la diferencia», argumenta Pupo; para Lescy Tejeda, el binomio identidad/alteridad es un mito que ha hecho crisis, puesto que apunta a una dicotomía inexistente; «La identidad presupone necesariamente la alteridad —alega Calzadilla—, no solo en el sentido del 'yo' con respecto al 'otro', sino en el interior del 'yo' mismo». Consuelo Martín parece suscribir esos criterios cuando observa que debiéramos concebir la identidad como un sistema, una serie de procesos ligados al individuo, al grupo, a la sociedad en su conjunto, lo que nos situaría ante un sugestivo abanico de identidades: personales, grupales, sociales... Menos transparente, pero particularmente fecundo como motivo de reflexión y debate, es el binomio formado por los pares identidad cultural / identidad nacional. Dos posiciones parecen prevalecer en el diálogo, representadas por Armando Cristóbal Pérez y Miguel Limia. Subyace en ese diálogo implícito la convicción —ya expresada hace casi siglo y medio por Renan— de que la nación no es solo una memoria común, sino también un proyecto compartido. No deben pasarse por alto, entonces, las implicaciones sociopolíticas del binomio, puesto que afectan directamente la relación entre cubanos residentes en la Isla —entre quienes debe prevalecer una actitud integradora— y cubanos residentes en el exterior. Es cierto que puede haber proyectos nacionales diferentes que a pesar de ello —o tal vez por lo mismo— constituyan alternativas válidas para el conjunto de la nación, pero no lo es menos que en nuestra historia algunas de ellas se presentaron —y todavía se presentan— como radicalmente antagónicas, de modo que la deseable e inaplazable normalización de los vínculos con nuestros emigrados debe efectuarse sin hacer concesiones que puedan obstaculizar el desarrollo del proyecto revolucionario. Martínez Heredia aporta

al tema dos ideas que pareciendo antagónicas resultan ser complementarias: una es que todo discurso identitario expresa relaciones de poder, y la otra es que solo seremos fuertes respetando la diversidad: «la unidad —dice— tiene que ser la unidad de diversidades». Sergio Valdés Bernal se incorpora al debate, desde su propia óptica profesional, recordando que una de las principales señas de identidad se manifiesta a través del lenguaje y que, por consiguiente, debieran introducirse en el análisis las herramientas que proporcionan la socio y la psicolingüística.

La tercera sección del volumen agrupa las ponencias de Enrique González-Manet, Osvaldo Martínez y Rafael Hernández bajo un rubro genérico que aspira a subrayar los vínculos reales o posibles, directos o indirectos existentes entre una problemática tan específica como la identidad psicosocial y otra tan vasta como la globalización. González-Manet llama la atención sobre el hecho, lamentable y a la vez inevitable, de que es muy poco lo que se sabe en el mundo subdesarrollado sobre los cambios inducidos por la llamada «cibertecnología», es decir, el universo creado por la acción recíproca y combinada de «la computadora, el satélite y los sistemas integrados de redes digitales». Ese universo, de hecho —ya familiar para quienes dominan las finanzas, el comercio y las comunicaciones—, es todavía relativamente extraño para quienes se ocupan de los problemas sociales, educativos y culturales. A lo largo de una documentada exposición, el autor insiste en la necesidad de establecer políticas capaces de atenuar el impacto de esos instrumentos de dominación que conspiran contra el normal desarrollo de las identidades culturales entendidas como piezas del gran mosaico que debiera ser una auténtica cultura universal.

Osvaldo Martínez comienza su ponencia con un desafío intelectual al afirmar que el fenómeno de la globalización, en sí mismo, pertenece a la lógica interna del mundo moderno. Estar contra la globalización, dice, es estar contra el desarrollo científico-técnico. De ahí que resulte lamentable la tendencia a meter en el mismo saco la globalización, como tal, y la forma que esta adopta dentro del esquema económico del neoliberalismo. En el extremo opuesto sería igualmente lamentable pensar que el fenómeno se desarrolla como una fuerza natural, sin contradicciones internas. De hecho, observa el autor, «está cargado de profundas contradicciones», algunas de las cuales son particularmente visibles: las que plantean, uno, los intereses regionales; dos, los escandalosos desequilibrios económicos y tres, la lucha por la preservación del medio ambiente. Y como quiera que una de las características del fenómeno es su irrefrenable tendencia a la uniformación —para que el mundo pueda convertirse en un solo mercado hay que borrar los rasgos diferenciales—, la decisión cubana de buscar alternativas en el campo de la economía constituye, a juicio del autor, un modo de afirmar nuestra propia identidad.

En su doble condición de politólogo y poeta Rafael Hernández se introduce de soslayo en el tema con una cita de Lewis Carroll: «La cuestión es —dijo Alicia— si las palabras pueden significar tantas cosas diferentes». «La cuestión es —dijo Humpty Dumpty— quién es el que manda. Eso es todo.» Me recuerda, por cierto, el diálogo de Bertolt Brecht con el periodista que le preguntó si él pensaba que su obra sería leída por las generaciones venideras. «Depende de quien gane», se limitó a responder Brecht. Hernández observa cómo el lenguaje —y sobre todo el lenguaje popular— revela el modo en que una nueva subjetividad trata de expresar y adecuarse a nuevas realidades, tanto nacionales como transnacionales. Es lo que hacemos, sin proponérselo, cuando decimos «fulas» o «jineteras», o bien «videocaseteras» o «nintendos», y también —en un nivel más profundo— cuando abandonamos el tratamiento de «compañero» o «compañera» para volver al «señor» o «señora» de los viejos tiempos. En ciertos medios, ya nadie se extraña. Lo que antes «se percibía como desviación de la norma», ahora

No podré comenzar diciendo «Seré breve». Opté por el camino que parecía más fácil —el del inventario— y resultó ser el más complicado.

Estamos aquí para celebrar jubilosamente la aparición de *El cubano de hoy: un estudio psicosocial*, verdadero regalo de fin de año que nos hace la Fundación Fernando Ortiz, cuyas ediciones, por cierto —incluyendo la revista *Catauro*— son ya piezas ineludibles de nuestro movimiento intelectual. Muchos de ustedes recordarán que en el primer semestre de 1997 se celebró el Taller Psicosocial sobre la Identidad Cubana organizado por la Fundación y auspiciado por el Ministerio de Cultura. Con el paso del tiempo algunos llegamos a pensar que aquel valioso conjunto de reflexiones se había dormido plácidamente en alguna gaveta, junto a otros proyectos editoriales que no se hubieran considerado prioritarios por una u otra razón. Y he aquí que de pronto, ya concluyendo el 2003, la Fundación nos sorprende con este pequeño y espléndido volumen, una pulcra edición de Daniel García con portada de Eduardo Moltó, diseño de retadora austeridad que elude con elegancia la trampa de los estereotipos visuales.

Eso mismo, por cierto —huir de los estereotipos— fue lo que hicieron los participantes del Taller, ahora convertidos en autores del volumen. No temo equivocarme si digo que una de las ideas que más se reiteran en él es la contenida en el término «complejidad». La identidad sociocultural es una «totalidad orgánica compleja», nos advierte Isabel Monal desde el principio mismo de esta exploración, y, por consiguiente, exige ser tratada de manera inter y transdisciplinaria, dentro de «la categoría de sistema complejo». A esa complejidad —y como parte de ella— se suma la «ambigüedad» del concepto, por lo que Isabel sugiere que se introduzca en

y espontáneo ejercicio de reflexión colectiva gracias al cual el objeto de estudio adquiere una densidad conceptual y una capacidad de sugerencia cada vez mayores. Isabel no habla de «identidades», por ejemplo —aunque las alude, consignando que a su juicio implican un peligro de fragmentación— pero en la ponencia que abre la segunda sección del volumen, Maritza García empieza preguntándose qué puede ser la identidad si en efecto existen las identidades y qué puede ser el Otro —ese «otro» a partir del cual, por oposición, se construye la identidad— si de hecho el «otro» es parte consubstancial del «uno» al que supuestamente se contraponen. De todo lo cual deduce la autora, primero, que «la identidad es un concepto esencialmente relacional: el sujeto de la entidad cultural y su relación con el 'otro' son parte del mismo concepto»; y segundo, que la llamada Identidad no es un fenómeno, sino la idea con que tratamos de expresar el modo en que se manifiestan ciertos fenómenos, por lo que debe estudiarse a partir de un modelo teórico elaborado con ese fin.

Algo semejante nos propone Miguel Limia al sugerir que analicemos la identidad psicosocial del cubano de hoy bajo un nuevo punto de vista, el que solemos atribuir a ese «hijo de Guillermo Tell» ya entrado en años cuyo proyecto de vida no se define en términos del «nosotros» —como en la década del sesenta— sino del «yo»: ¿quién «soy»? ¿quién «quiero»? Llegar a ser? Para Limia el cambio, contra lo que generalmente se cree, es de signo positivo. Se vuelve al punto de partida, cierto, pero a un nivel más alto de la espiral, porque ahora el énfasis en lo privado se sitúa en el espacio público, es decir, la capacidad de reflexionar con conocimiento de causa sobre el presente y el futuro —sobre «el sentido de la vida», como bien dice Limia— ya no es privilegio de minorías, sino «patrimonio de las mayorías individuales». Y puesto que la perspectiva del sujeto

se acepta como normal. Remitiéndose a García Canclini, Hernández señala, además, que en el mundo actual las identidades «no se estructuran desde la lógica» del Estado-nación, sino desde la lógica del mercado, y que en la formulación de políticas culturales, por otra parte, tienen un peso cada vez mayor las corporaciones transnacionales y los movimientos de tipo social o religioso. Todo eso supone, claro está —huelga repetirlo—, la necesidad de repensar el problema desde una óptica más contemporánea.

En las reflexiones orales que suscitaron las ponencias, intervinieron de nuevo ponentes de la misma sesión o de sesiones anteriores y, por primera vez, varios asistentes al Taller, entre ellos Miguel Barnet, Armando Hart, Fernando Rojas, Juan Antonio Blanco y Marel García. Barnet recordó que los términos «mundializar» y «mundialización» fueron acuñados por Ortiz en 1910, y se mostró confiado en que la permanente reivindicación de la memoria colectiva que realizan escritores, artistas y antropólogos sociales «nos van a salvar de tanta estadística fría y apocalíptica» que a diario nos anuncian el fin de la diversidad cultural. Aludiendo a los rasgos distintivos de la experiencia cubana, Hart subrayó la importancia de los estudios psicosociales —«uno de los grandes olvidos del socialismo real»— y la necesidad de estudiar también «las formas administrativas de la economía heredadas» de esa práctica. Rojas se pregunta qué significa, para nosotros, el reclamo de adaptarse a las nuevas realidades del mundo cuando de lo que se trata, en realidad, es de salvar conquistas que son específicamente nuestras. Blanco se refiere a los peligros que entraña un pensamiento teológico, ampliamente practicado por los marxistas dogmáticos, como resultado del cual una posición ética —nuestra convicción de que venceremos— se convierte en una consigna vacía, es decir, cómo la idea del triunfo se convierte en la retórica del triunfalismo. No es con las armas melladas del dogmatismo como podremos enfrentar con éxito el poderoso aparato «de

dominación y colonización de la subjetividad» de que dispone el enemigo. Marel García propone descartar la globalización y adoptar la regionalización —concretamente, latinoamericana— como punto de partida y marco conceptual de nuestras reflexiones, que, a su juicio, deben proyectarse desde una perspectiva marplatense.

El principio de incertidumbre invocado por Isabel Monal, como premisa metodológica, al iniciarse el Taller, es retomado ahora por Blanco, para contraponerlo a la actitud triunfalista, y por Osvaldo Martínez para reflexionar sobre nuestro futuro más o menos inmediato. Es imposible pronosticar con exactitud cómo va a ser nuestro proyecto económico en ese plazo —observa Martínez—, puesto que la economía no es una ciencia infalible que opere con la precisión de la matemática. Aquellos cubanólogos que no son capaces de imaginar formas alternativas de desarrollo, afirman que nuestro proyecto económico es inviable y nos auguran, en el mejor de los casos, «un aterrizaje suave en el capitalismo» con marcados componentes socialdemócratas. ¿Hemos de concluir entonces que la voluntad política, los principios éticos y las aspiraciones de las grandes mayorías —todo lo que sostiene el andamiaje de nuestro proyecto económico y social— no cuentan para nada? Pero a la vez, los cambios que se han producido en nuestra sociedad —donde, por ejemplo, vuelven a aparecer con fuerza las desigualdades sociales— exigen pensar en términos de una utopía «posible» y no anclada en dudosas nostalgias del pasado.

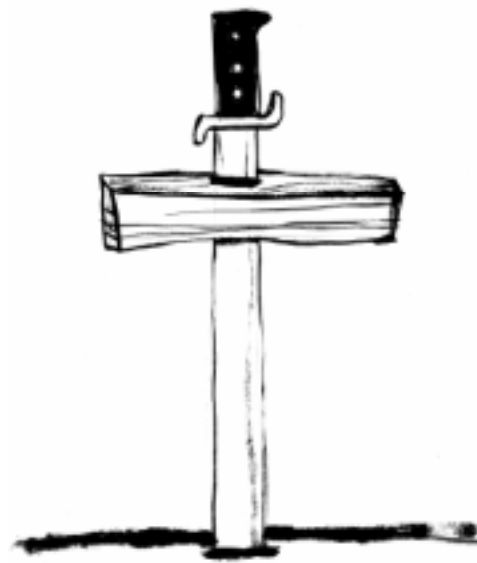
Mediante una «visión retrospectiva» del tema, la sección siguiente nos depara una agradable sorpresa: permitimos «escuchar» a los propios autores y a un lúcido crítico hablando de ese tríptico ejemplar formado por *Biografía de un cimarrón*, de Barnet, *Un análisis psicosocial del cubano*, de Jorge Ibarra, y *Calibán* (ahora *Caliban*), de Fernández Retamar, mapas imprescindibles para recorrer con placer y provecho los territorios de nuestra identidad. Rubén Zardoya

somete a un novedoso análisis el clásico de Barnet; Jorge Ibarra describe lo que pudiéramos llamar las interioridades creativas o el modo de producción de su innovadora monografía, y Retamar revela las inquietudes y el dramático contexto que lo llevaron a escribir su famoso ensayo, así como las sucesivas reflexiones y precisiones que ya integran el mismo como partes de un conjunto unitario.

En el debate, tanto Ibarra y Retamar como algunos de los participantes ya habituales —Isabel, Cristóbal, Limia, Olivia Miranda, a quienes se sumó un recién llegado, Omar Valiño— volvieron sobre sus propias reflexiones, para redondearlas o desarrollarlas, precisaron ideas y ampliaron el marco de reflexión con subtemas como el de «la historia de las gentes sin historia», que, si mal no recuerdo, introdujo en nuestro medio Juan Pérez de la Riva. Una pregunta de Limia quedó flotando sobre la concurrencia como un vibrante desafío: «¿No nos haría falta escribir hoy nuevos Calibanes, ya que la situación no es la de la década del 60?»

Con el extra de autoridad que les otorga el haber realizado sucesivas y sistemáticas investigaciones de campo —cristalizadas en libros y tesis de grado—, Carolina de la Torre y Lescy Tejeda —con sendas ponencias sobre la juventud cubana actual y la formación de la personalidad— cierran la quinta y última sección del volumen, así como el debate subsiguiente, en el que participan además Jorge Torroella, Virginia Grütter y María Elena Molinet, además de algunos reincidentes (Consuelo, Isabel, Blanco, Cristóbal Pérez...).

El cubano de hoy: un estudio psicosocial demuestra, por lo pronto, dos cosas: que nos hallamos, en efecto, ante un tema complejo y polémico y que existe entre nosotros una intelectualidad capaz de abordarlo con un instrumental teórico y crítico vigente, y adecuado a nuestra circunstancia. Imposible exagerar la importancia de este tipo de reflexión colectiva y la inaplazable necesidad que tenemos de convertirla



en un ejercicio sistemático. Como decía aquel filósofo de la RDA, aludiendo irónicamente a la undécima tesis: hasta ahora no hemos hecho más que transformar el mundo —yo diría «nuestro mundo»—; ahora tenemos que interpretarlo.

A los ponentes y participantes del Taller les pido disculpas por la forma en que me he visto obligado a reducir y simplificar sus ideas, y a ustedes por haberme extendido más de lo habitual en estos casos. Tengo como única excusa mi entusiasmo de lector, una partícula del cual espero haber transmitido a ustedes y, por conducto de ustedes, a otros lectores afortunados. ▀

Texto leído durante la presentación del título *El cubano de hoy: Un análisis psicosocial*, publicado por la Fundación Fernando Ortiz. Se trata de la memoria del evento que sobre identidad nacional se celebró en 1997, coauspiciado por la Fundación y el Ministerio de Cultura.

http://www.lajiribilla.cu/2003/n138_12/138_01.html



COSTUMBRES

Los hábitos, las manías, las rutinas, conforman, ya se sabe, buena parte de nuestras vidas. Todavía, si veo un taburete —ese asiento campesino con el cuero virgen y sincero— no lo configuro de otra forma que recostado a una pared de tablas. Esa era costumbre transmitida de padres a hijos. Como si la posición desenfadada estimulara el correr del fresco o la gracia del diálogo. A los muchos años de vivir en La Habana, mi abuela me regaló la semilla de un poema al confesarme que le gustaba ver a los hombres sentados al revés en el taburete. Allí decía: «A ella le gustan los taburetes inversos/ donde se sientan mozos labradores/ a reír el mediodía/ entre un esfuerzo y otro». Esos que usaban al revés el asiento campestre eran el ideal de su adolescencia.

La prisa de estos años que hemos vivido las dos últimas generaciones de cubanos, nos ha alejado de la regularidad de la siesta. Pero en otras latitudes la pausa de la una de la tarde es sagrada. Hay quien dice que le pone de mal humor el par de horas de sueño posterior al almuerzo. A otros su ausencia es la que le resulta martirizante. Ponerse de acuerdo en cuándo y cómo dormir es una de las pequeñas pero imprescindibles hazañas de todo matrimonio servible y duradero. Por no hablar de que lo extraordinario, lo insólito, lo sorprendente sigan latiendo dentro de un tejido cada vez más cotidiano.

Hasta los más bohemios pueden tener sus compulsiones en materia de horas y sistemas.

Recuerdo la casa del destacado director de televisión Raúl Pérez como todo un emporio de comunicación salpicada de rones y anécdotas. Era tal el carisma de Raúl, que logró poner a conversar durante horas a personas distintas y hasta contradictorias. Pero, eso sí, las tertulias eran de dos de la tarde hasta la madrugada. Casi nunca antes. En las mañanas no abría la puerta y si contestaba al teléfono, uno se llevaba la impresión de

que era un vecino huraño y no el encantador anfitrión de la noche anterior. Por cierto, otra de las manías de Raúl, que resultaba deliciosa, era contar las anécdotas con efectos, como en un programa de radio. Apretando los dientes hacía sonar puertas o imitaba los pasos o desataba un aguacero de sonido, si es que llovía en el relato de turno.

Otro amigo (este brillante musicólogo y felizmente activo) me contaba de una peculiar variación en la rutina en sus años de formación inicial como trompetista. A Pedro Martínez le desesperaba la repetición de ejercicios, el lento y a veces olvidado entrenamiento que está detrás de la formación de todo instrumentista. Pedro tenía prisa por ser un intelectual, como los pintores que bastante rápido tomaban té hablando de filosofía y asistían a exposiciones con ropas novedosas. Entonces colocaba su trompeta y se ponía a leer a Cortázar, mientras ¿ejercitaba? un par de notas.

Una manía que a mi mujer le da mucha gracia es mi febril memoria para recordar rutas de guagua, con su lugar de arrancada y su punto de destino. Cosa esta de guajirito que llega a La Habana y no quiere extraviarse o ser menos. En esa cantaleta memoriosa entran rutas y recorridos ya fallecidos en la ciudad, pero sobrevivientes en la melancolía.

Hay costumbres que cambian, pero puede que sean las menos. La primera vez que oí hablar de que la gente avisaba por teléfono antes de una visita me pareció un estiramiento, un atentado a lo natural y hasta algo que ponía barreras a la familiaridad o la confianza. Ahora lo veo distinto: aviso y prefiero que lo hagan. Es más, si alguien tiene correo electrónico prefiero teclearle unas líneas antes que la llamada por teléfono que puede distraer del trabajo, o hasta del amor. ¿O será que me estoy poniendo viejo, que... (¡Oh, Darío!) la juventud se va para no volver? En todo caso,

hablar de cosas tristes es una costumbre que sigo rehuendo con pasión. ▀

http://www.lajiribilla.cu/2004/n140_01/lacronica.html



Ilustración: Raupa

Entréme donde no supe
y quedéme no sabiendo
toda ciencia trascendiendo.
San Juan de la Cruz

El 12 de octubre de 2003 debió de celebrarse en algún lugar de este mundo la llegada de Cristóbal Colón a lo que hoy nombramos América. Yo, que no buscaba ni busco oro, glorias y reinos como tantos genoveses de hoy, desembarqué en el aeropuerto de Port-au-Prince ese mismo día para terminar un largo viaje que comenzó a principios de 2003, cuando la Casa de las Américas decidió dedicar a los doscientos años de la Independencia de Haití el último número de 2003 de su revista homónima.

Ingenuamente pensaba que tenía un único y recto fin: buscar la colaboración de artistas y escritores haitianos para preparar esa entrega de *Casa de las Américas*, y para lo cual dediqué los siete días que viví en esa ciudad, a una altura de cuatrocientos metros sobre el nivel del mar. La primera impresión que tuve fue la de una urbe que se diseminaba sobre la tierra, subiendo y bajando con dificultad por las laderas de las montañas que la rodean. No vi policía alguna; tan solo dos militares armados en el aeropuerto. (Haití tiene casi siete millones de habitantes y un cuerpo casi simbólico de tres mil policías.) Una enorme urbe difícil de asimilar, dura, llena de la basura y el lodo que baja de las laderas y obstaculizan las calles. Pero una ciudad sumamente viva, plagada de gente que la viven y de mercados informales donde se trata de restarle al menos un minuto menos al hambre, sin edificios altos y con un tráfico diurno caótico (no recuerdo ni un semáforo a lo largo de las avenidas y calles por las que transité; sin embargo, sí las maldiciones que profería quien me conducía del aeropuerto a la residencia donde viviría durante mi brevísima estancia haitiana.

Los días se fueron sucediendo y, con ellos, los múltiples encuentros y conversaciones que sostuve con los escritores y los artistas a quienes pude localizar. Entre y más allá de ellos conocí cómo la megalomanía y la humildad, el amor y el odio, la miseria y la riqueza, lo real y lo maravilloso conviven bajo un mismo techo, unos al lado de los otros, a puro golpe. Desplazándome por la ciudad, observé los muros donde una organización popular pintaba letreros llamando a la unión y a la paz de los haitianos. Y sobre estos, *graffiti* que apoyaban al gobierno de Jean-Bertrand Aristide: ¡Viva Aristide!, decían algunos que, supe después, eran hechos por grupos paraciviles de apoyo al gobierno y que los denominan con el, para mí sobrecogedor, nombre de *chimeres*: quimeras. Siempre me llamó la atención el *graffiti* *Cœurs Unis*: luego supe que así se llamaba una Cooperativa o Sociedad para que los haitianos depositaran su dinero con altísimos intereses beneficiadores, de manera que la organización sirviera como banco de crédito para el desarrollo de obras sociales y económicas; todo el dinero fue desfalcado y la Cooperativa se vino abajo —cuentan que la suma alcanzaba los millones de dólares. Al mismo tiempo que observaba la paradoja latente detrás de esas dos palabras, *cœurs unis*, la Televisión Nacional de Haití no cesaba de transmitir una febril campaña nacional: *Restitution et Reparation*, para que los franceses devuelvan el dinero (cuya suma hoy equivale a la astronómica cifra de «veintinueve mil millones setecientos mil» dólares americanos: —¡reclama el Jefe de Estado haitiano!) que Boyer tuvo que desembolsar en el siglo XIX con el objetivo de que fueran reconocidos la independencia.

En medio de un clima tan cargado, pocos espacios me quedaron para hallar algo de calma: tal vez el *lakout* de Barbara, Adeline y Michel, la terraza de Susy y Gérard, la Fundación Cultura y Creación y, el más importante, la mirada limpia y áspera de Benoit, criado y jardinero de la casa donde me hospedaba. Con una Biblia en sus manos, una mañana me contó de los cubanos que ayudan generosamente al pueblo. Pero lo que más guardo de sus palabras es la historia de un cubano que en los años 60 había perdido la razón en los alrededores de la Citadelle La Ferrière, de una de cuyas atalayas intentó suicidarse. (Supe luego que había desembarcado junto con Jacques Stephen Alexis y sus compañeros para iniciar la lucha guerrillera contra la dictadura de *papa Doc*. Cómo sobrevivió a la traición y a la muerte de sus compañeros, es un misterio, como es un misterio la propia historia de ese *blanc* cubano que decidió echar su vida en las tierras ensangrentadas de los haitianos.) Ciego, mudo e indigente, erró como un fantasmal *blanc* (extranjero en creol), hasta morir cerca del mítico pueblo de Croix-des-Bouquets, donde durante generaciones los *forgerons du fer* han sabido crear del latón y el hierro no solo una auténtica forma de arte, sino el sustento económico que por otras vías no han logrado obtener. Gracias a «su» trabajo, me dijeron, han podido mejorar las condiciones de vida;

EL REINO DE MACKANDAL: el precio de su dignidad

Reinier Pérez-Hernández
Cuba



sin embargo, recalcaron, ese lugar, que concentra una enorme riqueza artística, yace en el total olvido, salvo para los intermediarios, coterráneos o no, institucionales o no, que les compran sus obras a un precio irrisorio para venderlas luego a precios mayores en los *free shop* o en el resto del Caribe.

Cuando salí de Croix-des-Bouquets, quien me había llevado a conocer ese lugar me mostró la imagen de un Cristo crucificado que se hallaba en un cruce de caminos, entre Port-au-Prince y Croix-des-Bouquets. Tras la reja que lo rodeaba, su blancura no dejó de extrañarme. Tal vez influido por la historia de Benoit, creí que estaba decapitado, pero no era cierto. Sin embargo, la imagen que quedó en una foto apareció desfigurada, como ha quedado desfigurada la imagen de Haití a lo largo de estos doscientos años, y también como se ha ido desfigurando esa imagen que he traído de esa tierra.

Hace apenas unos días comenzaron las celebraciones y conmemoraciones por el bicentenario de la independencia de un pueblo que la conquistó cortando cabezas y quemando casas de quienes los ahorcaban y explotaban. Pero las heridas permanecen abiertas. Corrieron demasiadas cabezas y se incendiaron demasiadas casas a todo lo largo de estos doscientos años; de la misma manera que pervive entre todos nosotros ese miedo a los Negros que se corrió como la pólvora por el Continente, sin saber que todos —navajos, venezolanos, mexicanos, mexicas, aymaras, guaraníes, argentinos, cubanos, mapuches, quichés... — éramos y seguimos siendo otra «partida» de negros acosados, asediados y negados por el poder y el capital dictatoriales.

No nos cansamos de repetir que hoy ese pueblo negro de Haití paga demasiado caro el precio de su dignidad y de su gesta quemante y cortante, pero también el precio de todos los gestos con que sus padres intentaron sostener y calcar repúblicas, reinos e imperios ilusorios. Como digo, padres que construyeron y destruyeron lógicas y vidas, esperanzas y vidas, sistemas y vidas.

Y yo... yo pago demasiado caro el precio de descender en latitud y darme cuenta de que aún ignoramos para qué americanos es esta tierra que decidieron nombrar arbitrariamente América. De que a una Revolución le hace falta algo más que ímpetus y líderes prodigiosos. De que una Revolución puede hundirse y fracasar si no sabe alzar su rostro y mantenerlo libre de imitaciones metropolitanas. Es terrible no saber nombrar las cosas; y peor debe ser mantener lo nombrado libre de las miserias humanas que nos corroen. Los que fundaron la segunda nación independiente de América sí supieron nombrarse...

Caóticamente o no, esa nación haitiana ha vivido y vive inmersa en un mar de contradicciones, como tantas naciones americanas ricas y pobres lo hicieron y lo siguen haciendo. Pero, aun inmersos en esas contradicciones y paradojas, sobresale el rostro haitiano, desfigurado, hundido, pero digno, bello, perfumado y con la misma fuerza que acompañó a Mackandal en la hoguera. Nunca serán suficientes doscientas páginas para honrar la memoria de los hombres y mujeres que han escrito con su sangre lo que luego otros hombres y mujeres han aprovechado para dar a conocer a través de sus voces, que se extienden diaspóricamente, lo mismo en pintura que en palabras.

La cultura y la historia haitianas son tan ricas en enseñanza y valores como lo fueron hace doscientos años. Haití, no cabe duda, es una «Conferencia Magistral». ■

http://www.lajiribilla.cu/2004/n140_01/140_10.html

La cuestión es más grave de lo que generalmente se supone: sectores de mexicanos abogan activamente por la plena anexión de México a la potencia del norte.

No se trata simplemente del «entreguismo» que practica el actual gobierno, aún cuando lo haga de manera mayúscula, sino de un proceso más profundo en marcha desde hace tiempo. No se trata de la «pérdida» de soberanía, sino de una transformación que opera ya por muchos años, décadas seguramente, y que sitúa al país en un espacio diferente, en que la idea misma de soberanía se convierte en obsoleta, a los ojos de la gran potencia y de muchos mexicanos. Nuestro «destino manifiesto», para ellos, sería el de «formar parte» íntegramente de la región norte del hemisferio.

¿Tales controles resultaron sólo de un acuerdo entre Colin Powell y Ernesto Derbez? ¿Ni siquiera se cuidaron las formas de un acuerdo del gabinete de Seguridad Nacional de nuestro gobierno? ¿En las vejaciones que han sufrido los viajeros en los aeropuertos, que ha denunciado la Comisión Nacional de Derechos Humanos, intervienen agentes estadounidenses? ¿Estamos tan desvalidos que se hace imprescindible esa presencia, como paladinamente lo sugieren las autoridades mexicanas? ¿No resultaban suficientes los Servicios de Seguridad del Estado mexicano? ¿Y por qué no se exige la presencia de Ernesto Derbez ante la Comisión Permanente del Congreso de la Unión junto a los secretarios Creel, Cerisola y Gertz?

La otra cuestión que llena los periódicos estos días es la iniciativa de George W. Bush ante su Congreso para legalizar temporalmente a los trabajadores indocumentados (además de «abrir las puertas» a nuevos solicitantes para trabajar en Estados Unidos). Aparte de los argumentos ya vertidos, que hablan de un «vaso medio lleno y al mismo

(Por supuesto, la misma operación electoral explica las renovadas críticas de Condoleezza Rice y del sombrío subsecretario Roger Noriega, a Cuba y Venezuela, como países «desestabilizadores» de la democracia latinoamericana. ¿Tomará Bush una iniciativa más radical frente a Cuba, en estos meses de campaña electoral? Lo veremos, en todo caso no debe sorprendernos el delirio renovado de su pandilla de extremistas).

Y todo lo anterior sin considerar, además, que el plan Bush para indocumentados implica un especial registro de los indocumentados, sin seguridad alguna de ser admitidos en el programa, lo cual, como es evidente, implica su localización segura y su deportación probable.

Pero decíamos inicialmente: el hecho grave es que la relación entre los dos países se ha modificado profundamente en las últimas

No es que anteriormente se descalificaran tales nociones, pero siempre (o casi siempre) prevalecía la preocupación por alcanzar una nación independiente con justicia social, y por dignificar y promover a los más desvalidos de entre nosotros. Tal decisión y esperanza de un mundo mejor y de una nación independiente, por lo que han luchado y siguen luchando muchas generaciones de mexicanos, se fue disolviendo hasta desaparecer como la preocupación esencial de políticos y empresarios y convertirse en algo remoto y casi

LA BATAJILLA

Víctor Flores Olea
México

entre los dos México

«Destino manifiesto» deseable para algunos mexicanos porque, a sus ojos, la incorporación o la anexión de México a Estados Unidos sería lo más conveniente para el país. Si «ellos», los de «allá», han resuelto la cuestión del desarrollo ¿Por qué no integrarnos plenamente a ese país? Tal paso sería para México la solución de muchos problemas y el ahorro de los sacrificios y privaciones que tendremos que vivir aún. La solución de golpe y porrazo, casi mágica, está a la mano, y no hay patriotismo ni cariño ni fe en los mexicanos que se oponen a tamaña simpleza. ¡Hagámoslo ya y saltemos en nuestra historia etapas innecesarias, que sólo retardarán nuestro arribo a la felicidad!

Estas palabras, que a ciertos oídos parecerán escandalosas, revelan sin más el pensamiento efectivo de muchos mexicanos (de esa nueva especie a que un día se refirió Monsiváis: «los primeros estadounidenses nacidos en México»). Y, claro está, revelan los motivos hondos del accionar político de muchos funcionarios, capitanes de empresa, hombres y mujeres de los servicios y las profesiones, y hasta del mundo «científico y cultural».

Todo esto se ha revelado flagrantemente con motivo de la presencia en aeropuertos mexicanos de agentes policíacos estadounidenses (de la CIA y del FBI) «dirigiendo» o «supervisando» en los aeropuertos del país a los viajeros que se dirigen a EE.UU., y que inclusive revisan los pasaportes e interrogan a quienes se consideran sospechosos. Y sobre lo cual el mismo Fox afirma ique no hay menoscabo alguno de soberanía!

tiempo medio vacío», todo indicaría, y esto es lo importante, que Bush lanzó su iniciativa con un claro propósito electoral, para congraciarse con la numerosa población hispana.

Inclusive un analista como Arturo Valenzuela dijo en estas páginas (*El Universal*, 8 de enero) que los indocumentados seguramente «optarán por no inscribirse (al programa de trabajo temporal propuesto por el presidente), ya que se les privaría de su trabajo después de un corto tiempo y se les forzaría a abandonar el país... A pocas horas de su anuncio ya se escuchan comentarios en Washington de que el presidente no buscó generar una coalición ganadora por no interesarle completar una reforma migratoria en este año electoral. Lo que buscaría son los aplausos del gobierno de Fox y la esperanza de quedar bien electoralmente con una población hispana esperanzada por la posibilidad de mejorar la estancia de los indocumentados. Así la propuesta pareciera ser más bien una maniobra política que un esfuerzo genuino por cambiar la situación de vida de millones de inmigrantes».

décadas. Sí, ante EE.UU. hemos vivido prácticamente siempre en la dependencia económica, pero también política y social, que en tiempos anteriores se procuraba contrarrestar y ahora se estimula y alienta.

El hecho es que esa batalla ha definido en gran medida nuestra historia. Por eso a la expropiación del petróleo se le ha llamado la «segunda independencia» de México, y fue, sin duda, la afirmación sin par de nuestra soberanía en lo que va del siglo. Los gobiernos del PRI, digamos hasta Miguel de la Madrid, se definieron y calificaron esencialmente, mal que bien, por su voluntad de resistencia ante las pretensiones del gran país.

Pero las «cosas», quiero decir en primer lugar la mentalidad política y la cultura de amplios sectores, lo que se denomina la «cultura antropológica», se han modificado radicalmente. Por supuesto, en ello ha tenido que ver la globalización neoliberal, que en las clases dirigentes es vista todavía, pese a las pruebas en contrario, como una «oportunidad», penetrando en ellos ese «canto de las sirenas» que es fuerte raíz de la «casta técnica» que abunda en puestos de decisión del país y que solamente parece tener un interés esencial: la eficiencia, la competitividad, la productividad, sin preguntarse en beneficio de quién o de quienes actúa esa eficiencia, competitividad y productividad.

incomprensible: tendencias del pasado que es preciso liquidar y minimizar en la práctica.

¿El resultado? Las clases dirigentes del país, muchos de sus políticos y empresarios, han impulsado así el implacable proceso de la anexión en marcha. ¿Momentos esenciales de ese proceso? El Tratado de Libre Comercio, la antipolítica del tecnócrata Zedillo, el gobierno foxiano «de empresarios y para empresarios».

Pero no se crea que han desaparecido entre los mexicanos las aspiraciones a un mundo mejor y más humano, y por la justicia social. No, ante la quimera de la anexión como «destino manifiesto» siguen vivas, y más vivas que nunca, las aspiraciones de libertad, independencia e igualdad. Por eso fueron derrotadas hace apenas unos días los propósitos de privatización de los energéticos, la reforma fiscal regresiva, el desmantelamiento último de los derechos laborales, la astringencia de las inversiones sociales, y al menos un comienzo de control sobre las abultadas percepciones de los altos funcionarios.

La moneda está en el aire. Hay una batalla cerrada entre dos México: el de la anexión y el servilismo y el de la autonomía y la dignidad con justicia. Tal es la real situación que vivimos. Tal es la lucha cerrada por debajo de los incidentes y peripecias de ocasión. Una moneda que está en el aire y que deberá, al final de cuentas, caer del lado favorable del pueblo mexicano y de sus aspiraciones. ■

http://www.lajiribilla.cu/2004/n141_01/141_01.html





TRES obscenidades a propósito de los intelectuales



viene de la página primera

En aquella época yo estaba muy influido por un filósofo francés que se declaraba marxista. Louis Althusser había inventado el concepto de práctica teórica. Elaborar teorías se había convertido en una práctica! Bastaba con pensar. Ya no había necesidad de perder el tiempo con la práctica, con la vida real de la gente, con los problemas concretos. La teoría tenía rango de práctica. Sencillo, ino!

Sencillo pero separado de la realidad. Nuestros cerebros giraban en vacío. En esta clase de los intelectuales pequeño-burgueses que entró en escena en mayo del 68, había dos aspectos: uno, nuestra revuelta contra numerosas injusticias y absurdos de la sociedad, nuestra contestación del poder, un inicio de aproximación a las víctimas, las gentes de abajo.

Dos, pero del hecho de no analizar en profundidad la causa fundamental de esas injusticias y de no dedicarse a fondo al servicio de las víctimas para ayudarlas a cambiar el sistema, se desprendía una tendencia a detener la crítica a medio camino, a intentar solamente corregir aspectos secundarios del sistema. Y pronto a pactar con él. ¡Cuántos antiguos militantes del 68 han utilizado lo que tenían para hacer carrera!

De nuevo disgustado, pero esta vez por las propias tonterías que yo había proferido y por la falta de impacto sobre la realidad, seguí con mi decadencia y fui a parar a una fábrica. Simple obrero, sin diploma, sin calificación. El estadio más bajo.

Nunca me he sentido tan bien. El trabajo era a menudo duro y al principio lo pasé mal, pero esos seis años fueron paradójicamente la época en la que mejor me sentí dentro de mi propia piel. Había descubierto la verdadera solidaridad. El calor humano: nos protegíamos los unos a los otros, esperábamos y reivindicábamos juntos, sabíamos que solo podíamos ganar estando unidos.

También aprendí en poco tiempo lo que la universidad no había logrado explicarme. La patrona de nuestro taller (su marido había muerto) venía una vez por semana a ver si todo iba bien. Es decir, si entraba el dinero en la caja. Acto seguido, esta patrona rentista volvía a su hermosa mansión, a su hermosa piscina, a sus hermosas

vacaciones, qué sé yo... ya no la veíamos más. Por el contrario, sus obreros que habían producido ese dinero volvían cada tarde a su casa sin ser más ricos. Justo lo suficiente para sobrevivir y volver a trabajar al día siguiente.

Allí vi cómo el que no trabaja puede enriquecerse y cómo el que trabaja no puede enriquecerse. La cosa fundamental que veinticinco años de educación me habían ocultado.

Pero puede ser que esta experiencia sea demasiado personal y no baste para convencer a algunos intelectuales que niegan obstinadamente la existencia de las clases sociales. Intentemos, pues, ampliar el cuadro y volverlo lo más objetivo que sea posible.

Si hay dos campos, ¿no hay dos clases opuestas?

¿No hay dos clases sociales? ¿Se ha equivocado Marx? Es verdad que la burguesía es, como decía el filósofo francés Roland Barthes, «la clase social que no quiere ser nombrada».

Pero para mayor claridad partamos de un hecho bien simple que todos pueden ver: los ricos y los pobres.

Según los criterios oficiales, hoy día el 56% de la población mundial es «pobre»: menos de dos dólares al día. Y este porcentaje no para de aumentar. También en los EE.UU. y en Europa las diferencias no dejan de crecer.

Y la guerra que a todos nos alarma tanto para los próximos años con respecto a los años venideros, la guerra es el arma suprema encargada de mantener esta fosa entre las fortunas, este abismo entre las clases.

Veamos una prueba por reducción al absurdo. Supongamos que mañana se decide lanzar un gran programa humanitario de urgencia con cuatro grandes objetivos: dar de comer a todos; acceso al agua potable; que todos los niños puedan ir a la escuela; finalmente, eliminar las grandes enfermedades epidémicas.

¿Cuánto costaría este espléndido programa?

Apenas la mitad de la fortuna de los cuatro estadounidenses más ricos.

Por tanto, si Bush y compañía gastan ese dinero en misiles y en tanques es porque la guerra es indispensable para mantener los privilegios y los superbeneficios. Aplastando la resistencia

de los países independientes, destruyendo sus empresas públicas y su protección social, se aumenta el paro y la miseria. Voluntariamente —pues en el sistema del beneficio máximo, las leyes económicas te obligan a controlar todos los países— te obligan a poner a la gente en la situación de aceptar cualquier trabajo por cualquier salario. El objetivo de Bush no es el de reducir las diferencias, sino el de aumentarlas. No porque sea más malo que otros, esta cuestión es irrelevante, sino porque esa es la ley del sistema económico.

Por eso los ricos son cada vez más ricos

Lo más curioso es la absoluta falta de curiosidad con respecto a este fenómeno por parte de los intelectuales de mayor reputación y con más presencia en los medios. Es decir, los Bernard Henri-Levy, los Finkelkraut, los Jorge Semprún y compañía no se molestan en explicarnos las causas de estas enormes diferencias. Sin embargo, escogiendo este tema tendrían éxito, pues este problema del nivel de vida interesa a un público enorme. A todo el mundo, de hecho.

Descubrir por qué algunos son pobres y su única esperanza de huir de la pobreza es la lotería. Y por qué otros son tan ricos que ganan la lotería todos los días, incluso mientras duermen. ¿Hay una conexión entre ambos fenómenos? ¿Qué éxito tendría quien descubriera la explicación! ¡Qué bestseller! ¡Cuántas entrevistas! ¡Cuántas ventas!

Pues bien, eso no les interesa. ¿Será que estos grandes intelectuales que son a menudo ricos, tendrían algo que perder? Se sentirían afectados por este análisis de Brecht: se puede mostrar que hay ricos, se puede mostrar que hay pobres y que es triste. Pero el gran tabú, lo que de ninguna manera se puede mostrar, es el nexo entre los dos: que si unos son ricos, es porque los otros son pobres.

El gran novelista francés Honoré de Balzac decía: «detrás de cada gran fortuna se oculta un crimen». Hay, por supuesto, crímenes individuales pero sobre todo el crimen del sistema: el hecho de que las grandes fortunas existen, el hecho de que algunos salen de la fábrica infinitamente más ricos de lo que han entrado, mientras que los otros salen igual de pobres.

(En efecto, a la burguesía no le gusta que se muestre este nexo. Por lo tanto, las clases sociales no existen. Sin que se sepa muy bien si no han existido nunca o bien han existido o en un momento dado han desaparecido por algún milagro.)

Concepts Broillards

¿Pertenecen los intelectuales a una clase?

Entre los intelectuales viene a ser lo mismo, las clases sociales no existen. Y estar políticamente comprometido, es decir, estar con la clase de abajo contra la de arriba, no se admite puesto que «las clases no existen».

Comprometerse es, pues, una tara que hace que el intelectual no sea creíble puesto que ya no es «neutro», ni objetivo, nos dicen.

Hay algunas excepciones, uno puede comprometerse, pero solo con generosas causas universales y evidentes para todos: UNICEF, Telemaratones, la Madre Teresa, Amnistía Internacional. En realidad, causas que convengan a la ideología dominante puesto que la refuerzan. Causas que añadan un poco de caridad al sistema sin tocar su esencia. Con ellas podemos comprometernos.

Pero, atención, nada de compromiso «político»; solo humanitario. El intelectual que quiere salir en la tele y hacer bien su autopromoción, debe permanecer neutro.

Pero reflexionemos un poco. ¿Cómo podría un intelectual permanecer indiferente cuando se cierra una fábrica y en un solo día se tira a los trabajadores a la basura? Cuando se priva de todo, como yo lo he visto de cerca, a un marido y a su mujer que trabajaban juntos desde siempre en esta fábrica y que se encontraron en un instante sin salario, sin porvenir, sin nada con qué pagar su casa, ni los estudios de los niños, ni una operación quirúrgica.

¿Cómo pretender ser neutro cuando se ve a las multinacionales abalanzarse sobre un país, digamos Yugoslavia, para destruir todos los derechos de los trabajadores y las protecciones sociales y hacerse con sus empresas a cambio de nada? US Steel ha readquirido a cambio de cacahuetes la principal fábrica siderúrgica de los Balcanes y cierra sus propias sedes en EE.UU., paga a los trabajadores serbios menos de un dólar y de este modo hará que cierren quién sabe cuántas empresas siderúrgicas europeas. ¿Cómo se puede permanecer neutral?

Una de dos. O bien se cuenta que las multinacionales van al Tercer Mundo para lograr la felicidad de los pueblos y aumentar el nivel de vida, o bien se dice la verdad: si las multinacionales se instalan en un país, sus beneficios serán tanto más elevados cuanto más bajos sean los salarios, y sus intereses están, por tanto, muy claros: son opuestos a los intereses de la población.

¿Cómo pretender ser neutral y gritar «ni Bush ni Saddam», ni «Milosevich ni OTAN», cuando la OTAN sirve precisamente como fuerza armada de las multinacionales para privatizar mediante las bombas? La OTAN quiebra la resistencia, el FMI nombra los nuevos ministros, el Banco Mundial financia la destrucción social y esos intelectuales cantan la melodía de la OTAN: «tenemos que democratizar Yugoslavia, darle la libertad». Hoy en Yugoslavia todo el mundo vive mucho peor excepto los nuevos ricos, pero mañana esos intelectuales del sistema cantarán la misma melodía cuando se ataque Cuba, Corea o cualquier otro objetivo, encontrando cada vez nuevos pretextos para cantar «ni, ni», en lugar de apoyar a los que resisten contra el imperialismo estadounidense de maneras diversas.

Los intelectuales del sistema y los intelectuales de la resistencia

Los intelectuales tienen una particularidad: pueden escoger a qué clase quieren servir. De hecho, todo depende de la posición que se adopte. Se puede adoptar el punto de vista de la vida, todavía relativamente agradable que se puede vivir en el norte, y de las ventajas de las que es posible beneficiarse. O se puede adoptar el punto de vista de la mayoría de los habitantes del planeta para los que la existencia es un drama o incluso una pesadilla.

Frente a este mundo injusto, o se sostiene el sistema o se sostiene a los que resisten contra el sistema. Algunos gritan «ni, ni» negándose a apoyar a los que resisten. En realidad, estos intelectuales apoyan el sistema manteniendo la ilusión de que podría mejorar y volverse menos bárbaro.

Nos encontramos hoy día frente a estas dos especies: los intelectuales del sistema y los intelectuales de la resistencia. Y a menudo la explicación de la elección no es muy noble.

Se ha dicho desde hace mucho tiempo que para la sociedad capitalista occidental el pillaje del Tercer Mundo y el robo de las materias primas ha producido desde hace siglos beneficios extraordinarios. Superbeneficios que han permitido mejorar la situación de la capa superior de la clase obrera, llamada «aristocracia obrera», con el fin de adormecerla y ganarla para el sistema.

Con la aristocracia intelectual pasa lo mismo. Una parte de los intelectuales han sido literalmente comprados. Puestos honoríficos, promoción de las obras en los grandes medios y otros beneficios. No hace falta buscar muy lejos la explicación de ciertas posiciones vergonzosas adoptadas a veces por ciertos grandes intelectuales que se decían progresistas. Ellos también confirman ese principio que niegan energicamente: lo que decide es la economía, la base material, los intereses de clase.

A ciertos intelectuales les gusta hacer discursos como si vivieran sobre una nube. Pero los intelectuales no caen del cielo. Nada cae del cielo. Si pueden hacer esos discursos, es porque toda una serie de personas, aquí y en el Tercer Mundo, han trabajado para que ellos puedan comer, vestirse, dar clases, y porque esas gentes han sido terriblemente explotadas. Este es el tabú de los intelectuales del sistema.

Sin embargo, el dinero no puede comprarlo todo. Se ha visto recientemente a importantes actores y realizadores de cine estadounidenses oponerse abierta y valientemente a Bush. Existe, pues, un gran potencial para construir un amplio frente antiguerra. Pero para eso habrá que clarificar algunas cuestiones.

¿A qué clase pertenecen los intelectuales?

Al principio, en el capitalismo del siglo XIX y la primera mitad del XX, los intelectuales estaban en una posición intermedia, cumpliendo esencialmente tareas de supervisión de los obreros: pequeños jefes, curas, maestros, ciertas profesiones liberales. No producían beneficios, pero preparaban las condiciones para producirlos.

Pero el capitalismo no sería el capitalismo si no se dedicara sin descanso a convertir los nuevos sectores de la sociedad en fuentes de beneficio. Todo lo que se pone a su alcance: la ciencia, el arte, el deporte, la escuela, la sanidad, todo se convierte en un mercado, sometido a las mismas reglas económicas. El capitalismo, pues, ha convertido en *cuasi* proletarias toda una serie de profesiones intelectuales antes «respetables».

¿Son útiles los intelectuales?

Y he aquí la tercera obscenidad: ¿son útiles los intelectuales, y en qué condiciones? He dicho antes que, en mi opinión, los intelectuales hemos podido llegar a serlo porque otras personas no habían sido pagadas justamente, habían sido explotadas. No sirve de nada sentirse culpables a este respecto porque nosotros no lo hemos decidido así. La pregunta que se plantea es: ¿nos quedaremos lo que ha sido robado o vamos a devolverlo?

¿Lo guardamos para nosotros o lo ponemos a disposición de los demás? ¿Lo monopolizamos como instrumento para nuestra carrera personal o lo ofrecemos como instrumento para la autoemancipación de todos?

No se trata de escupir sobre los intelectuales. «Los de abajo» los necesitan. Pues nuestra sociedad actual tiene cuidado en separar el saber y la fuerza. A los obreros solo les dispensa una educación mínima, práctica, técnica, lo justo para trabajar en la fábrica, y para obedecer. Menos del 2% de los hijos de obrero van a la universidad. Los verdaderos conocimientos están reservados a los futuros jefes.

Los que trabajan con los brazos tienen la necesidad vital de los que trabajan con la cabeza. Para poder descifrar la sociedad, comprender las reglas de este sistema que los excluye. Y para elaborar la estrategia del cambio.

En Bélgica, doy cursos dos veces por año sobre «la guerra y la paz», en una universidad marxista, una enseñanza paralela sobre el análisis del imperialismo. Me ha impresionado profundamente lo que me ha dicho uno de mis alumnos recientes, Gregory, un joven obrero francés al que le cuesta mucho trabajo estudiar, pero que lo hace con un enorme coraje: «estoy furioso contra la enseñanza: 'ellos' han decidido que siendo obrero yo solo servía para los cursos técnicos limitados. Un obrero no debe hacerse demasiadas preguntas. Pero yo quería aprender lengua francesa, filosofía, historia, todo lo que me permitirá comprender el mundo y transformarlo».

El campo de los que quieren cambiar la sociedad necesita intelectuales. Necesitamos médicos al servicio del pueblo para explicar a partir de ejemplos concretos de la vida cotidiana que los problemas de sanidad de los trabajadores se deben al capitalismo. Que un obrero vive siete años menos que un jefe. Y que las enfermedades que devastan el Tercer Mundo no son una fatalidad, sino solo una consecuencia de la ley del máximo beneficio.

Necesitamos abogados al servicio del pueblo para mostrar a partir de ejemplos concretos de la vida cotidiana que no habrá justicia para los pobres mientras no estén en el poder.

Necesitamos periodistas de otro tipo, activistas de la información, para recoger y difundir las noticias y los testimonios útiles para las luchas que se desarrollan en todas partes.

Necesitamos profesores que rechacen la dicotomía trabajadores-saber y que transmitan sus conocimientos al servicio de los excluidos.

Una conclusión y algo concreto

En pocas palabras, creo sinceramente que nuestra tarea es la de forjar la alianza de los trabajadores de los brazos y los trabajadores de la cabeza. Creo que el papel de los intelectuales es el de ponerse absolutamente al servicio del pueblo.

Por ejemplo, estoy convencido de que la guerra se ha convertido en el problema número uno de nuestra sociedad y que toda liberación pasa por la solución de este problema. Por la construcción de un gran frente de los pueblos por la paz, la independencia y el progreso. Pero para que una tarea tan importante sea llevada a buen término, es absolutamente necesario que sea llevada a cabo no solo por los intelectuales, sino por todo el pueblo.

Creo sinceramente que el más importante compromiso de los intelectuales es el de conducir a este frente a los simples trabajadores, a los jóvenes que hacen los trabajos sucios, a los inmigrantes privados de derechos.

Si decimos que los intelectuales deben volverse útiles, seamos concretos. ¿Cómo?

No es tarea de una sola persona el definirlo. Espero que nuestro debate sea rico en propuestas. Por mi parte, a partir de experiencias personales, me gustaría sugerir algunas ideas:

Implementar y organizar los nuevos medios de comunicación, apropiarse de Internet para crear un polo de contrainformación organizada, desarrollar nuevas formas artísticas específicas de Internet.

Habiendo escrito varios libros, y a pesar de haberme esforzado por ser simple y accesible,

he constatado que en general los libros solo llegan a los que han sido formados para leer. Por tanto, acabo de participar en la realización de una película, *Los condenados de Kosovo*, que muestra los crímenes del ejército de EE.UU., hoy en Kosovo, contra todas las minorías nacionales, que expone concretamente los verdaderos objetivos de su estrategia, que explica las guerras de la globalización. Hemos escogido la forma de una película difundible en los cines, pero también en casetes muy baratos, porque hemos visto que este lenguaje permite llegar a nuevos públicos, más amplios, más populares, y plantear debates donde antes era muy difícil hacerlo. El casete es un instrumento para debatir sobre la guerra en las escuelas, los movimientos sociales, los centros juveniles, etcétera. Gracias por ayudarnos a hacer conocer los crímenes del imperialismo estadounidense y sus causas.

Pienso que hay que organizar la transmisión del saber y la experiencia de las generaciones de más edad de una forma directa y adaptada: algún tipo de universidad para los trabajadores, para los jóvenes no intelectuales, etcétera, con formas de enseñanza adecuadas a ellos.

Y por supuesto, para ser un buen profesor la primera condición es la de ser un buen alumno. Escuchar a la gente del pueblo, abandonar

la actitud despectiva que nos ha sido legada por nuestra educación, darse cuenta de que la sabiduría profunda está en el pueblo, en la «gente de abajo».

No estoy diciendo en absoluto que haya que renunciar a las formas clásicas de intervención de los intelectuales y de los artistas comprometidos. Las seguimos necesitando plenamente. Lo que digo es que también hay que buscar nuevas formas de comunicación que permitan llegar a mucha más gente y ayudarla a volverse activa.

Conclusión: a nosotros los intelectuales nos han enseñado a sentirnos superiores y a servir, consciente o inconscientemente, a los poderosos.

En nuestro caso, la traición es un deber y una liberación. ■

NOTAS:

Intervención en el coloquio El Compromiso de los Intelectuales, organizado por la Asociación cultural Alfonso Sastre (ASKE).

San Sebastián, noviembre de 2003.

http://www.lajiribilla.cu/2003/n138_12/138_07.html



la ley patriótica, a la manera de HITLER

Marc Cooper
La Jornada

Su libro recrea el debate entre los republicanos de Jefferson y los federalistas de Hamilton, que en ese tiempo eran de hecho los dos partidos de la joven nación. Más de 200 años después, ¿aún vemos algún signo de continuidad en nuestro actual sistema político?

Solo vestigios. Pero lo que más encontramos es esa corrupción que Franklin vaticinó. La nuestra es una sociedad enteramente corrupta. La presidencia está en venta. Quien recaude más dinero para comprar tiempo en televisión será probablemente el próximo presidente. Eso es corrupción a escala mayúscula.

Enron abrió los ojos de los ingenuos admiradores del capitalismo moderno. Nuestra hermandad contable, en su totalidad, resultó ser corrupta y defraudadora. Y el gobierno estaba por completo coludido con ella y no le importaba un bledo.



«Si el actual jefe de la Casa Blanca y el procurador John Ashcroft hubieran vivido en los primeros años de la república, habrían sido considerados tan infames que ni siquiera se les habría permitido pertenecer al país. No los hubieran llamado estadounidenses...»

El viejo Kenny Lay, amigo de Bush, sigue suelto y mañana podría establecer una nueva compañía. Si es que no lo ha hecho ya. A nadie han castigado por despojar a la gente de su dinero y de sus fondos de pensión y por arruinar la economía.

Así pues, la corrupción vaticinada por Franklin rinde su fruto terrible. Nadie quiere hacer nada al respecto. Ni siquiera es tema de campaña. Una vez que se tiene una comunidad de negocios tan corrupta en una sociedad cuya razón de ser son los negocios, lo que se tiene es, de hecho, despotismo. Es ese imperio autoritario que la gente de Bush nos ha traído. La Ley Patriótica es tan despótica como cualquiera que haya creado Hitler; incluso utiliza muchas de las mismas frases. En uno de mis libros anteriores, *Perpetual War for Perpetual Peace* (*Guerra perpetua para la paz perpetua*), mostré cómo el lenguaje que usó la gente de Clinton para acobardar a los estadounidenses con el fin de perseguir a terroristas como Timothy McVeigh —se les dijo que sus derechos se suspenderían solo por breve tiempo— era precisamente el utilizado por Hitler después del incendio del Reichstag.

En este contexto, ¿alguno de los padres fundadores se sentiría cómodo con el actual sistema político de EE.UU.? Sin duda, Jefferson no. Pero, ¿y los centralistas radicales, o aquellos como John Adams, que tenían una simpatía vergonzante por la monarquía?

Adams creía que la monarquía, acotada y equilibrada por el Parlamento, podía ofrecer democracia. Pero de ninguna forma era partidario del totalitarismo. Hamilton, en cambio, se habría llevado muy bien con la gente de Bush, porque creía en la existencia de una elite que debería gobernar. Sin embargo, era un cabrón nacido en las Indias Occidentales, y siempre se sintió un poco nervioso con su posición social. Claro está, se casó con una ricachona y se volvió aristócrata. Y es él quien sostiene que debemos tener un gobierno formado por los mejores, queriendo decir los ricos.

Así que Hamilton estaría muy del lado de Bush. Pero no se me ocurre que ningún otro fundador lo hiciera. Adams, sin duda, desaprobaba a Bush. Era muy moral, y no creo que soportara la deshonestidad actual. Ya bastante acosados se sentían los constituyentes por una partida de periodistas venidos de Irlanda y otros lugares a decirles cómo los estadounidenses debían hacer las cosas, más o menos como hoy Andrew Sullivan nos dice cómo debemos ser. Creo que encontraríamos entre los fundadores un consenso de descontento con Bush. Ese despotismo que hoy nos abruma es precisamente lo que Franklin predijo.

Pero, Gore, en sus años usted ha vivido bajo buen número de gobiernos poco gloriosos, desde la fundación del estado de seguridad nacional de Truman hasta la debacle de Vietnam con Lyndon B. Johnson, así como Nixon y Watergate, y ha vivido para contarlos. Así pues, tratándose del gobierno de Bush, ¿en verdad habla de despotismo per se? ¿O este no es más que otro gobierno republicano, solo que más corrupto y despótico?

No. Hablamos de despotismo. No he leído solo la primera Ley Patriótica, sino también la segunda, que aún no se hace pública del todo ni ha sido aprobada por el Congreso, y contra la cual existe ya considerable resistencia. A un ciudadano estadounidense se le pueden tomar sus huellas digitales como terrorista, y ¿con qué pruebas? Con ninguna. Todo lo que se necesita es la palabra del procurador general o quizá del presidente mismo. Entonces pueden encerrarlo a uno sin acceso a un abogado, y luego juzgarlo un tribunal militar e incluso ejecutarlo. O, según un nuevo agregado, lo pueden exiliar, despojarlo de su ciudadanía y enviarlo a cualquier sitio que ni siquiera esté organizado como país, como la Tierra del Fuego o alguna roca del Pacífico. Todo eso está en la nueva Ley Patriótica. Los padres fundadores hubieran pensado que es despotismo con creces. Y habrían colgado a cualquiera que hubiera pretendido hacer pasar algo semejante en la Convención Constituyente en Filadelfia. Colgado.

Entonces, si George W. Bush y John Ashcroft hubieran vivido en los primeros años de la república, ¿habrían sido procesados y colgados por los fundadores?

No, habría sido algo mejor y peor. (Ríe.) Bush y Ashcroft habrían sido considerados tan infames que ni siquiera se les habría permitido pertenecer al país. Tal vez los habrían invitado a irse a Bolivia o a Paraguay para formar parte de la administración de alguna colonia española, donde se habrían sentido mucho más a gusto. No los hubieran llamado estadounidenses; la mayoría de los estadounidenses no los habría considerado ciudadanos.

¿Usted no considera estadounidenses a Bush y a Ashcroft?

Los considero extraños enemigos. Se las han ingeniado para adueñarse de todo, y de manera muy descarada. Tenemos un presidente anómalo. Tenemos despotismo. No tenemos un proceso legal.

Sin embargo, usted vio en la década de 1960 cómo el gobierno de Johnson se derrumbó bajo el peso de su propia arrogancia. Lo mismo que Nixon. Y ahora, cuando crece el descontento por la guerra en Iraq, ¿no tiene la impresión de que Bush camina hacia el mismo destino?

En realidad veo que un asunto más pequeño se le atraviesa en el camino: la destitución de la esposa del embajador Wilson como agente de la CIA. A menudo son esos casos pequeños los que permiten pescar al culpable. Algo lo bastante pequeño para que un tribunal pueda hincarle el diente. Poner en riesgo a esa señora a causa del coraje por lo que hizo su marido es algo perverso, peligroso para la nación, peligroso para otros agentes de la CIA. Eso tiene más resonancia que Iraq. Me temo que 90 % de los estadounidenses no saben dónde queda Iraq y nunca lo sabrán, y no les importa.

Sin embargo, esa cifra de 87 mil millones de dólares se les grabó en el cerebro porque no hay dinero suficiente. Los estados van a la quiebra. Mientras tanto, la derecha ha tenido éxito en convencer al 99 % de la gente de que estamos financiando generosamente a todas las naciones del mundo, que estamos subsidiando con el gasto social a las madres de familia, a todas esas señoras negras a las que los republicanos siempre atacan, esas

George W. Bush tuvo suerte de no haber nacido en una época anterior y de no haberse colado en alguna forma en la Convención Constituyente de EE.UU. Un hombre con sus opiniones, tan desdeñosas del espíritu democrático, habría sido, sin duda, exiliado por los enfurecidos fundadores de la nación recién liberada. Tal es la reflexión de uno de los más controvertidos críticos sociales y uno de los escritores estadounidenses más prolíficos de nuestro tiempo: Gore Vidal.

La vez anterior que entrevistamos a Vidal, hace poco más de un año, disparó una poderosa reacción en cadena al ubicarse como uno de los últimos defensores del ideal de la república estadounidense. Sus acerbos comentarios a *La Weekly* acerca de los bushitas fueron reproducidos en publicaciones de todo el mundo y anunciados una y otra vez en Internet. Ahora vuelve a las andadas, dando al *Weekly* otra dosis de su disidencia y, con el persistente goteo de nuevas cifras bajas en Iraq, sus comentarios no son menos explosivos ahora que el año anterior.

Esta vez, sin embargo, habla como un estadounidense de tiempo completo. Después de varias décadas en las que repartió su tiempo entre Los Ángeles e Italia, ha decidido asentarse en su casa de estilo colonial de Hollywood Hills. De 77 años, aquejado de un mal en la rodilla, Vidal es más beligerante y productivo que nunca.

Vidal tenía, sin duda, en mente a políticos como Bush y el procurador general, John Ashcroft, cuando escribió su libro más reciente, el tercero en dos años. *Inventing a Nation: Washington, Adams, Jefferson* (*La invención de una nación: Washington Adams, Jefferson*) explora a profundidad la psique de ese trío de patriotas. Y, aunque expone a la vista todas sus flaquezas humanas —vanidad, ambición, arrogancia, envidia e inseguridad—, su compromiso, profundamente arraigado, de construir la primera nación democrática de la Tierra se proyecta rápidamente al primer plano.

El contraste entre ellos y los de ahora está todo, menos implícito. Ya en las primeras páginas, Vidal revela su persistente desprecio por el grupo que hoy domina la capital que lleva el nombre de nuestro primer presidente.

Al comenzar nuestro diálogo, le pedí trazar los vínculos entre nuestro pasado revolucionario y nuestro presente imperial.

Su nuevo libro se enfoca en Washington, Adams y Jefferson, pero al leerlo con más detenimiento parece que en realidad fue Benjamin Franklin quien resultó ser el más visionario en cuanto al futuro de la república.

Franklin entendió al pueblo estadounidense mejor que los otros tres. Washington y Jefferson eran nobles: poseían plantaciones y esclavos. Alexander Hamilton ingresó por virtud del matrimonio en una familia rica y poderosa y se unió a la clase alta. Benjamin Franklin era de pura clase media. De hecho, puede que él la haya inventado para los estadounidenses. Él vio peligro en todas partes. Todos lo vieron. A ninguno le gustaba la Constitución. James Madison, a quien se conoce como el padre de ella, tenía un montón de quejas sobre el poder de la presidencia. Pero tenían prisa de poner a caminar la nación. De ahí el gran discurso, del cual tomó extensos párrafos en el libro, que el viejo y moribundo Franklin pidió que alguien leyera por él. Dijo: estoy en favor de esta Constitución, defectuosa como es, porque necesitamos un buen gobierno y lo necesitamos ya. Y este documento, si lo ponemos en práctica de manera apropiada, nos dará ese gobierno durante cierto número de años.

«Pero luego, dijo Franklin, la Constitución fallará, como las que ha habido en el pasado, a causa de la corrupción esencial de la gente. Señaló con el dedo a todos los estadounidenses. Y cuando la gente se vuelva así de corrupta, dijo, descubriremos que lo que queremos no es una república, sino despotismo... la única forma de gobierno deseable para tal gente.»

Pero Jefferson tenía la opinión más radical, ¿no? Sostenía que la Constitución solo podía verse como un documento de transición.

Ah, sí. Jefferson dijo que en cada generación deberíamos tener una Convención Constituyente y revisar lo que no funcionaba. Como llevar un coche al taller a que le revisen el carburador. Dijo que no podemos esperar que un hombre se ponga una chaqueta de niño. Debe revisarse porque la Tierra pertenece a los vivos. Fue el primero, que yo sepa, que dijo eso. Y cada generación tiene el derecho de cambiar cuantas leyes desee. O incluso la forma de gobierno. ¡Traigan al Dalai Lama si eso es lo que quiere la gente! A Jefferson le daba lo mismo.

Jefferson era el único demócrata puro entre los fundadores, y pensaba que la única forma de lograr su idea de democracia era dar al pueblo la oportunidad de cambiar las leyes. Madison fue muy elocuente en su respuesta a Jefferson. Dijo que no se puede tener un gobierno con algún grado de autoridad si solo va a durar un año.

Esa fue la disputa entre Madison y Jefferson. Y probablemente continuaría aún si quedara al menos un estadista por aquí que dijera que tenemos que empezar a cambiar el maldito documento.

que, según nos dicen, se emborrachan con champaña Kristal en el hotel Ambassador de Chicago, lo cual, por supuesto, es ridículo.

Y ahora la gente ve que están tirando otros 87 mil millones de dólares por la ventana. ¡Adiós! La gente va a rebelarse contra eso. El Congreso lo aprobó, pero un montón de congresistas van a perder sus asientos por ello.

Hablando de elecciones, ¿George W. Bush va a ser reelecto este año?

No. Por lo menos si hay una elección limpia, que no sea electrónica. Sería peligroso. No queremos una elección que no deje registro en papel. Los fabricantes de las máquinas de votar dicen que nadie puede ver dentro de ellas, porque se revelarían secretos del oficio. ¿Cuáles secretos? ¿Acaso su función no es contar votos? ¿O qué, reciben mensajes secretos de Marte? ¿Está la cura del cáncer en el interior de esas máquinas? O sea, no mamen. Y los tres propietarios de las compañías que fabrican esas máquinas son donadores del gobierno de Bush. ¿Eso no es corrupción?

Es decir, Bush probablemente ganará si cubren el país con esas máquinas de votar. Así no puede perder».

Pero, Gore, ¿no cree usted lo bastante en los instintos democráticos del ciudadano común para pensar que al final esas conspiraciones se vendrán abajo?

¡Oh, no! Lo único que veo es que se vuelven cada vez más fuertes y arraigadas. ¿Quién habría creído que los planes de Harry Truman de militarizar EE.UU. llegarían tan lejos como los tenemos ahora? Tanto dinero que hemos desperdiciado en gastos militares, mientras nos faltan escuelas. No hay atención a la salud; ya nos sabemos la letanía. No recibimos nada a cambio de nuestros impuestos. Jamás hubiera creído que eso duraría los 50 años pasados, por los cuales he vivido. Pero duró.

Pero volviendo a Bush: si utilizamos boletas electorales de papel como las de antes y hacemos que las cuenten en el distrito donde se emitieron, Bush será barrido del cargo. Ha cometido todos los errores posibles. Ha arruinado la economía. El desempleo está en ascenso. La gente no encuentra trabajo. La pobreza aumenta. Es un lío total. ¿Cómo ha logrado hacer semejante enredo? Bueno, lisa y llanamente es muy estúpido. Pero los que lo rodean no lo son. Y quieren permanecer en el poder.

Pinta usted un cuadro muy negro del gobierno actual y del sistema político estadounidense en general. Pero, en un nivel más profundo, en la sociedad misma, ¿no queda aún un cimiento democrático?

No. Quedan algunos recuerdos de lo que fuimos alguna vez. Quedan aún algunas personas de edad que recuerdan el New Deal, de Franklin D. Roosevelt, que fue la última vez en que tuvimos un gobierno que mostró cierto interés por el bienestar del pueblo estadounidense. Ahora tenemos gobiernos, en los 20 ó 30 años pasados, que solo se preocupan por el bienestar de los ricos.

¿Es Bush el peor presidente que hemos tenido?

Bueno, ninguno ha destrozado como él la Carta de las Garantías Individuales. Otros presidentes han merodeado por allí, pero ninguno la había puesto en semejante peligro. Nadie había propuesto la guerra preventiva. Y ya van dos países consecutivos que hemos bombardeado sin que nos hubieran hecho daño alguno.

¿Cómo cree que vaya a evolucionar la guerra en Iraq?

Creo que nos iremos al caño junto con ella. Con cada acción Bush enfurece más y más a los musulmanes. Y hay mil millones de ellos. Tarde o temprano tendrán un Saladino que los unifique, y entonces vendrán contra nosotros. Y no será bonito. ▀

NOTAS:

1- El llamado bombardero de Oklahoma City, ejecutado en el 2001.
2- Periodista británico. (N. T.)

http://www.lajiribilla.cu/2004/n140_01/140_05.html



Ilustraciones: J.D.



Informe Worldwatch Institute 2004

**Más ricos, más gordos,
pero no más felices**

OCCIDENTE

**gasta más en comida para perros
que en la lucha mundial
contra el hambre**

Más de 1 700 millones de habitantes del planeta conforman la categoría global de la «clase consumidora». En el reverso de la moneda figuran los 2 800 millones de personas que sobreviven con menos de dos dólares al día. Y un dato: los occidentales gastamos al año en «comida para mascotas» 17 000 millones de dólares, frente los 19 000 millones que se destinan a la «lucha mundial contra el hambre». Son algunas de las conclusiones del informe *El Estado del Mundo 2004*, elaborado por el *Worldwatch Institute* y consagrado por entero a los excesos de la sociedad de consumo.

El apetito consumidor que existe en el planeta no solo ha perjudicado por igual la vida de ricos y pobres, sino que mantiene un ritmo insostenible, según el Informe Worldwatch.

El consumismo, que se ha extendido por el mundo debido a la creación de mayor riqueza y a la globalización, acarrea graves consecuencias para los ricos y no contribuye a resolver los problemas de los sectores más indigentes, según el informe.

El Instituto Worldwatch (WI) indica que «las enfermedades del consumismo», entre ellas la obesidad, han afectado gravemente a los sectores de mayores recursos.

El mundo consume productos y servicios a un ritmo insostenible, con resultados graves para el bienestar de los pueblos y el planeta», destaca el informe.

Agrega que más de 1 700 millones de personas ingresaron durante gran parte del siglo pasado a la «clase consumista» y adoptaron dietas, sistemas de transporte y estilos de vida hasta ahora limitados a Europa, América del Norte y Japón.

«El aumento del consumo ha ayudado a atender necesidades básicas y a crear fuentes de empleo», dijo el presidente del Worldwatch Institute, Christopher Flavin, al dar a conocer el informe.

«Pero en este siglo, el apetito consumidor sin precedentes destruye los sistemas naturales de los que todos dependemos y hace aún más difícil que los pobres satisfagan sus necesidades básicas», añadió.

«Los mayores índices de obesidad y deuda personal, escasez crónica de tiempo y degradación ambiental son síntomas de un consumo excesivo que reduce la calidad de vida para mucha gente», agregó.

El informe afirma que el gasto para la adquisición de bienes y servicios se cuadruplicó desde 1960 y en el 2000 fue de más de 20 billones de dólares.

Además, solo un 12 % de la gente que vive en Norteamérica y Europa occidental es responsable del 60 % de ese consumo, mientras que los que viven en el sudeste asiático o en África al sur del Sahara representan solo un 3,2 %.

Según los directores del proyecto, Lisa Mastny y Brian Halweil, en las últimas décadas el consumismo de los más ricos, y ahora de las clases medias, ha ido más allá de la intención de satisfacer necesidades o incluso ansias.

Además, el fenómeno aumenta en el mundo en desarrollo debido a la globalización, que ha permitido que millones de personas entren en el consumismo al proporcionar la tecnología y el capital para producir y distribuir bienes de consumo.

Para el Worldwatch Institute, el ejemplo clásico de país consumista es EE.UU., donde hay más automóviles que personas autorizadas para conducirlos.

Pero esto no significa que los estadounidenses sean más dichosos, ya que solo un tercio de ellos dijo que vive «muy feliz».

Esa cifra es casi igual a la de 1957, cuando solo disfrutaban de la mitad de su riqueza actual.

El creciente consumo en el mundo industrializado y en los países en desarrollo es más de lo que nuestro planeta puede soportar, señala el Worldwatch Institute.

Los bosques, las tierras agrícolas, las selvas y los territorios vírgenes disminuyen para dar espacio a la gente, las casas, los centros comerciales y las fábricas, señaló.

Según Halweil, el consumo no es intrínsecamente negativo. En estos momentos en el mundo hay casi 3 000 millones de personas que sobreviven con menos de dos dólares diarios.

En China, la demanda consumista ha estimulado la economía, creado fuentes de empleo y atraído la inversión externa, señaló.

Pero para que no se alteren estos beneficios, el Instituto Worldwatch propone reformas tributarias para dedicar más impuestos a reparar los daños al ambiente, normas para impedir la incineración y mejorar la calidad y durabilidad de los productos, así como la responsabilidad personal.

«Sería una tontería subestimar el desafío que significa controlar el marasmo del consumismo», señaló Flavin.

Sin embargo, advirtió que ante el costo de no controlar este apetito, es clara la necesidad de encontrar respuestas.

«En última instancia, atender necesidades básicas, mejorar la salud humana y apoyar un mundo natural que nos alimente a todos, hará necesario que controlemos el consumo y que el consumo no nos controle a nosotros», dijo Flavin. ▀

Tomado del sitio español Periodista Digital.

http://www.lajiribilla.cu/2004/n140_01/elgranzoo2.html

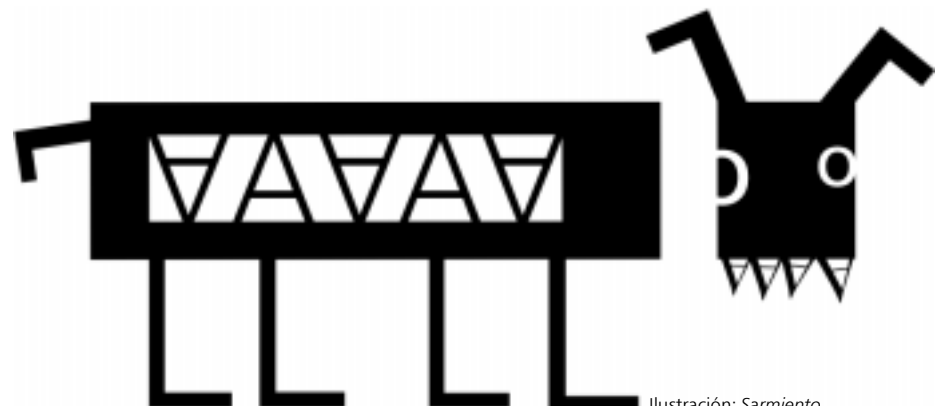
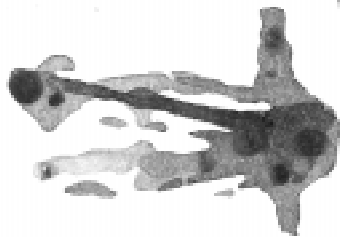


Ilustración: Sarmiento

Entrevista con Eusebio Leal Spengler



Magda Resik Aguirre
Cuba

Trabajar en el Centro Histórico de La Habana es un privilegio. La obra de rehabilitación integral del patrimonio en esta zona antigua de la capital, es un constante ejercicio de descubrimientos y aprendizaje.

La ciudad emerge en su esplendor de otrora y por mucho que se repare en cada adoquín, en un zócalo, en el dintel de la puerta de cierto convento, en la estatua volada que resiste hasta los más huracanados vientos... las labores de restauración son más rápidas que la agudeza visual.

La gente también cambia. Aprecia cada vez más la renovación de su entorno y la belleza colma las almas, reverdeciéndolas, como si se tratara del reentelado de los frescos del pintor francés Vermy, que cuelgan relucientes en las paredes de El Templete, sitio fundacional de la ciudad, tras años de consagración a tamaña obra, de un equipo reducido de restauradores.

Pero lo que más asombra a un forastero que pasea por la vieja Habana, es la confluencia natural del rescate de un patrimonio colonial, con el bienestar previsto como objetivo esencial, para los habitantes de un sitio probablemente de elites en cualquier otra urbe del mundo.

No es esta la única experiencia de su tipo en la Isla. Otras han surgido y prosperan en diversos espacios de interés histórico y patrimonial. Sin embargo, la coincidencia de muy diversos factores hace del ejercicio diario de la Oficina del Historiador de la Ciudad de La Habana, un ejemplo insoslayable para el mundo todo.

Primero de su tipo, autosustentable, universal y ecuménico, de raigambre popular, con énfasis en su reservorio cultural e histórico, protector de las tradiciones y costumbres propias de los pobladores, el proyecto de rescate del Centro Histórico habanero, conmueve y compromete a quien toma conciencia de su alcance y potencialidades futuras.

Sobre las obras por venir, donde se involucrarán tanto los lugareños como el equipo de colaboradores que le acompañan día a día, el Historiador de la Ciudad, Eusebio Leal Spengler, reflexiona en ese alto imprescindible que nos inventamos los seres humanos para juzgar nuestros actos al final de cada año, con los sueños puestos en el horizonte.

¿Cuáles son los principales proyectos de la Oficina del Historiador para el 2004, en aras de promover esta inusual convivencia entre la obra rehabilitadora del patrimonio y la gestión social?

Nuestro trabajo se desarrolla en el tiempo. Muchas veces esta idea de inaugurar, que es el fruto de un largo trabajo, no se puede materializar en un año.

Así, casi todo lo que hemos hecho en el año 2003, podrá verse acabado en el 2004.

En el primer trimestre del año contaremos con obras muy importantes, como por ejemplo: la restitución en la calle Amargura del Colegio «El Salvador», de Don José de la Luz y Caballero. En este sitio, el gran educador cubano, con su experiencia anterior de San Cristóbal de Carraguo, de su trabajo como maestro en distintas instituciones de la enseñanza se decide a fundar precisamente en el año en que nace José Martí, 1853, el mencionado colegio. Posteriormente iría con él a la calle Prado y finalmente se detendría en la preciosa casona de El Cerro donde en definitiva muere. Pero la semilla, el árbol plantado, fue allí en este sitio donde se ha restaurado

compararse con el bellissimo matancero del Doctor Triolet.

También se está construyendo en esa manzana una residencia para el adulto mayor y 17 apartamentos para familias que habitan hoy el viejo Convento de Santa Teresa.

En febrero inauguraremos la antigua Iglesia de San Felipe de Neri, secularizada antes de 1926 y que se convirtió en un banco. Siempre me llama la atención que donde estuvieron el altar y el sagrario se colocó la caja fuerte —símbolo del racionalismo y de un materialismo vulgar avasallador.

Hoy se restituyen esos dos valores arquitectónicos: el religioso y el bancario. El templo de San Felipe de Neri es una construcción del siglo

como es lógico, y que constituyen una ofrenda de consagración.

Dichas monedas de plata y oro van a ser expuestas *in situ*, debajo del escenario y en una vitrina muy especialmente diseñada por el arquitecto José Linares, para que puedan lucir su esplendor.

En las paredes del antiguo templo se desplegará una colección fastuosa de ornamentos, pinturas, tapices... algo más para visitar, recrearse y sentir orgullo.

Hace poco abrió sus verjas un jardín para los niños afectados por el Síndrome de Down. Al lado, un bello parque con restos de monumentos antiguos y el de Carlos J. Finlay, todo ello colocado en la plazuela de San Agustín y frente a la antigua Academia de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales, donde Finlay tuvo un protagonismo especial en los años de su descubrimiento.

A comienzos de año se terminará un conjunto de viviendas en edificios antiguos de la calle Oficios. Se trata de apartamentos sin barreras arquitectónicas para las personas mayores, para las personas que tienen algún inválido o impedido físico; concebido especialmente para poder trasladar a las familias del antiguo Convento de Santa.

Sé que enumerar los proyectos inmediatos y a largo plazo de la Oficina, sería un ejercicio interminable. Sin embargo, llaman la atención tantos planes en medio de noticias como el retiro de la cooperación por parte de la Comunidad Económica en el 2003. ¿Es alentador el balance económico del año?

El proyecto de La Habana Vieja, es un proyecto de la nación. Más del 90 % de todo lo que se ha logrado, lo ha hecho Cuba. Existe una confusión a veces y hay quienes generalizan al afirmar que ciertas organizaciones internacionales y la cooperación de agencias extranjeras tienen un papel decisivo en esta obra, y no es exactamente así.

De ese conjunto debemos sacar a instituciones como la UNESCO a la cual debemos la formación profesional de muchos expertos como arquitectos, arqueólogos, restauradores de pintura... en países de Europa occidental como antes estudiaron en los países del entonces llamado campo socialista. Debemos distinguir también al Proyecto de Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) que sigue siendo el puente para realizar pequeñas colaboraciones que sirven como proyecto motor y que tienen un impacto real en la comunidad.

El PNUD ha sido muy noble, sobre todo porque en el momento que descubre el proyecto de La Habana Vieja, se percató de que este es un proyecto de desarrollo local, pero además, le sorprende que contemple a la cultura como motor esencial y eso le interesa so-

LA HABANA VIEJA: un espacio de concordia

la preciosísima lápida que colocaron los maestros cubanos y la Sociedad Económica de Amigos del País, a principios del siglo XX y se ha reconstruido un edificio del cual solo quedaban los pórticos y cuatro arcos.

La escuela tendrá capacidad para 400 niños y una vez más va a sorprender mucho al público y a los visitantes de todas partes del mundo, la conciliación de que tú hablabas entre lo social, lo cultural, lo patrimonial... porque han aparecido pinturas murales preciosas en su fachada; se ha hecho una buena excavación arqueológica y lo más importante, se restituye el uso primigenio.

En esa calle hay una memoria persistente de la resistencia del pueblo, borrada porque luego la gran farmacia que se fundó al lado, unos años después, fue absorbiendo a los edificios cercanos. Hoy esa manzana, la 148 del Centro Histórico, es el escenario de una obra global. No solo reabrirá sus puertas la escuela, sino que se inaugurará inmediatamente la farmacia La Reunión. Es la tienda de su tipo más bella del mundo y el trabajo de restauración es tan increíble que cuando los cubanos y personas de cualquier parte vean esto se van a quedar asombrados. Se reúnen ahí los elementos necesarios para fundar un Museo de la farmacia en la Ciudad de La Habana, que pueda

XVIII. Por su importancia y relevancia se trasladó allí la Parroquial Mayor, cuando se inició su demolición en 1774, en la actual Plaza de Armas, en el espacio que ocupa actualmente el Palacio de los Capitanes Generales.

Más tarde, cuando se convierte en banco, se transforma en uno de los más bellos exponentes de arquitectura bancaria.

Entonces, salvaremos las dos obras: la arquitectura bancaria espléndida de aquellos años de boom económico y al mismo tiempo la belleza y suntuosidad del antiguo templo.

Esta iglesia va a dedicarse al arte lírico y operático, completándose de esa forma el triángulo creado con Paula, consagrada a la música antigua y San Francisco a la coral y sinfónica. Serán tres salas de conciertos espectaculares y esta última, como las anteriores, contará con todos los elementos necesarios para el trabajo de los artistas: estudio de grabaciones, camerinos, escenario... y algo interesantísimo: durante la excavación arqueológica se encontró el ábside del oratorio primitivo, anterior al siglo XVIII y en el corazón de ese ábside, que es la parte final de la cruz que dibuja la planta de la iglesia, se encontró un yacimiento único, la piedra fundacional de San Felipe Neri y en su interior, una caja de mármol con 33 monedas antiguas que son anteriores a la época de la fundación

bremas. Nos distingue como un proyecto sostenible, sustentable en el tiempo, que acepta nuestro desafío de que excluir a la cultura solo genera decadencia.

Cuando la Comunidad Económica Europea lanzó su represalia sobre Cuba y golpeó también a La Habana Vieja que ha hecho un enérgico trabajo en busca de cooperación, más que nosotros los que perdieron fueron ellos. Se autoexcluyeron de un importante espacio en el cual podían realizar una labor de constatación del trabajo de salvamento y preservación de un patrimonio cultural habitado; en una ciudad de condiciones tropicales, en un país del llamado Tercer Mundo, que por tantas razones es ejemplar.

Si Cuba tenía una obra acabada o de gran peso en la salud, la educación, el deporte, la atención de personas minusválidas... lo que se agregaba por La Habana Vieja le confería a esto un peso realmente muy convincente en la arena internacional.

Uno tras otro fueron llegando los representantes de esos países y comunicándonos muchos de ellos con pena personal, que como funcionarios debían cumplir las orientaciones de sus estados y mutilar la cooperación hacia La Habana Vieja.

Nosotros teníamos previsto cómo actuar en situaciones parecidas. Nada se ha detenido. Hemos hecho lo que ha hecho la nación. Es más, nuestro esfuerzo se ha multiplicado.

Ha sido una voluntad del Comandante en Jefe y una decisión de la nación, que en momentos en que se producen todos estos acontecimientos, la cultura haya retomado un protagonismo internacional de gran significado.

En el caso de países con los cuales no teníamos tanta cooperación económica, pero sí una gran colaboración cultural, como México, por ejemplo, el papel de la cultura ha sido decisivo. En otros como España, se ha mantenido el intercambio con las regiones autonómicas y las municipalidades. En Italia, donde perdimos mucho tenderá a incrementarse en el próximo año la aportación de las regiones y provincias.

No cesan de visitarnos intelectuales, personalidades, síndicos, prefectos y personas interesadas en suscribir nuevos convenios de cooperación con nuestra Oficina.

Es este un proyecto que cada año gana más prestigio internacional. ¿Podría referirse a otros signos de reconocimiento y apoyo desde el mundo hacia la Oficina del Historiador, en el 2003?

Comenzó el año conociendo que se nos había distinguido con el premio de la Real Fundación de Toledo, que entregó personalmente el Rey de España. Es de un gran peso porque los que lo otorgan representan una selección muy importante de sectores muy altos de la sociedad española y tuvo que ser muy convincente el valor de la restauración para que ellos exaltasen una obra de Cuba.

Personalidades del entorno de la Oficina, arquitectos, arqueólogos, historiadores... recibieron invitaciones para exponer en eventos internacionales de gran significación.

Los premios que pude recibir yo son leña para el fuego que ha de mover la obra, como el

Doctorado Honoris Causa de la Universidad de Ferrara o el de la Universidad de Atenas.

Fuimos privados también de otros derechos, como por ejemplo, asistir a la reunión de los Embajadores de Buena Voluntad de Naciones Unidas, convocada por su Secretario General. Esto debió ocurrir en enero, pero continúan las represalias del gobierno de EE.UU. y se nos priva de asistir a universidades norteamericanas como la Universidad de Yale, Harvard, Columbia, por solamente mencionar algunas.

¿Cuánto puede afectar el bloqueo a un proyecto de desarrollo como el de la Oficina del Historiador?

En su parte política que es una de las más crueles, sufrimos el descrédito sistemático. Por estos días asistí a la conmemoración de la Navidad en la Plaza de la Catedral, presidida por el Señor Cardenal. Veía toda la cooperación que nuestro país, la Oficina y las instituciones nacionales han brindado para realizar un concierto precioso, donde participaron coros de niños de nuestras escuelas, artistas prestigiosos... Sin embargo, hace poco se anunció que Cuba está entre los países que practican una persecución

«Cuando la Comunidad Económica Europea lanzó su represalia sobre Cuba y golpeó también a La Habana Vieja que ha hecho un enérgico trabajo en busca de cooperación, más que nosotros los que perdieron fueron ellos. Se autoexcluyeron de un importante espacio en el cual podían realizar una labor de constatación del trabajo de salvamento y preservación de un patrimonio cultural habitado; en una ciudad de condiciones tropicales, en un país del llamado Tercer Mundo, que por tantas razones es ejemplar».

religiosa o que restringen las libertades religiosas. Y podría contarte entonces que estamos construyendo para inaugurarse en el 2004, una pequeña Catedral Ortodoxa que será solemnemente inaugurada en enero.

Quiere decir, que el bloqueo afecta también, al lanzar calumnias e infamias sobre el nombre de Cuba, que le privan de otras ayudas, de asistencia, porque no son pocos los que caen en esa trampa o los que tienen miedo de aproximarse y contribuir porque después podrían ser penalizados.

Si no tuviésemos bloqueo, accederíamos a instituciones crediticias y bancos internacionales, que han concedido préstamos a otras ciudades del continente y del mundo donde se realizan obras de restauración parecidas a la nuestra. Eso está totalmente bloqueado e incluso, instituciones norteamericanas de mucho peso tienen que, de una manera prácticamente subrepticia, enviarnos libros y contribuciones de tipo intelectual. Están obligados a declarar minuciosamente cuanto nos quieren mandar o pedir permisos a veces no concedidos si viajan a Cuba, para participar, como este año, en dos grandes congresos: el de Arquitectura patrimonial y el

de Patrimonio cultural al que asisten personas de todas partes de América Latina y también Fundaciones de EE.UU.

Y en cuanto al turismo, el bloqueo o esos prejuicios mencionados antes, ¿limitan la llegada de forasteros al Centro Histórico habanero?

Todo el turismo que viene a Cuba y viene a La Habana, visita La Habana Vieja. Hemos tenido más de un millón de turistas este año en el Centro Histórico, de todos los países. A los norteamericanos les interesa mucho este sitio porque aquí está una parte de su historia, aquí vivieron también sus escritores, sus fotógrafos, sus artistas. Podemos recorrer distintos lugares y constatar la presencia de esas personalidades. Cuando ellos redescubren eso o lo descubren, pues se sienten muy conmovidos. Pero tienen, además, una gran ventaja en Cuba: la seguridad. El Centro Histórico es hiperseguro. Tenemos una policía especializada y preparada para cumplir esa función, y la ciudadanía hoy está más preparada para darles la bienvenida, porque saben que el turismo ayuda, contribuye no solo al crecimiento económico, sino también al intercambio cultural.

Hasta los niños que dan sus clases en las aulas ubicadas en los museos, hacen una perfecta abstracción cuando los turistas pasan. Ellos ni se enteran, pero los viajeros sí; toman imágenes y se dan cuenta de que aquí está pasando algo realmente extraordinario para la pedagogía, la educación, la cultura material y monumental, y se llevan de eso impresiones muy fuertes.

Nuestros hoteles están por lo demás llenos... Pero te diría que lo más interesante para mí este 2003, no ha sido el incremento del turismo, sino la enorme presencia de nuestros compatriotas en la vieja Habana. Cuando Katia Cárdenas, en su programa de Habana Radio, difundió nuestra iniciativa de las *Rutas y Andares*, para que las familias conocieran los tesoros de nuestro patrimonio durante el período vacacional, con paseos dirigidos por especialistas, se rebasaron todos los límites concebidos. Tuvo que trabajar todo el mundo que tenía capacidad para explicar y para mostrar, llevando a estos grupos a visitar centros de restauración que habitualmente no ve nadie, excavaciones arqueológicas, obras en construcción, archivos,

depósitos de bibliotecas, hasta cómo se restaura un cuadro.

Eso ha sido algo maravilloso, que me complace sobremedida. Me siento el más feliz de todos los seres humanos cuando veo que el espacio que hemos creado, es un espacio de concordia, un espacio de respeto, un espacio de interreligiosidad, de aproximación de personas de diversos credos y confesiones, de distintas visiones del mundo, y que encuentran en Cuba, en La Habana y en La Habana Vieja una especie de pequeño micromundo donde se puede vivir y soñar.

No por eso estoy conforme con lo que hemos hecho. Muchas veces ando encolerizado y tenso por las cosas que se escapan de nuestras manos o que no salen bien. No es esto el paraíso terrenal y nos equivocamos cuando tratamos de presentar una imagen ideal, intocable, inalcanzable de algo que es perfectible, de algo en lo cual hay que trabajar a diario tocándolo con las manos, con la imaginación y la ilusión todos los días.

El Historiador de la Ciudad, ¿qué nos recomienda para enfrentar el año 2004?

Tuve un lema desde que era muy joven: siempre más, siempre mejor. Les deseo eso a todos. Siempre más y siempre mejor.

Un año en el cual nos afanemos en la meditación de qué es la vida. La vida es realmente breve y debemos aplicarla en cosas importantes, en cosas que colmen el espíritu. Los bienes materiales son siempre pasajeros, indispensables y necesarios —en su dosis exacta— pero siempre pasajeros.

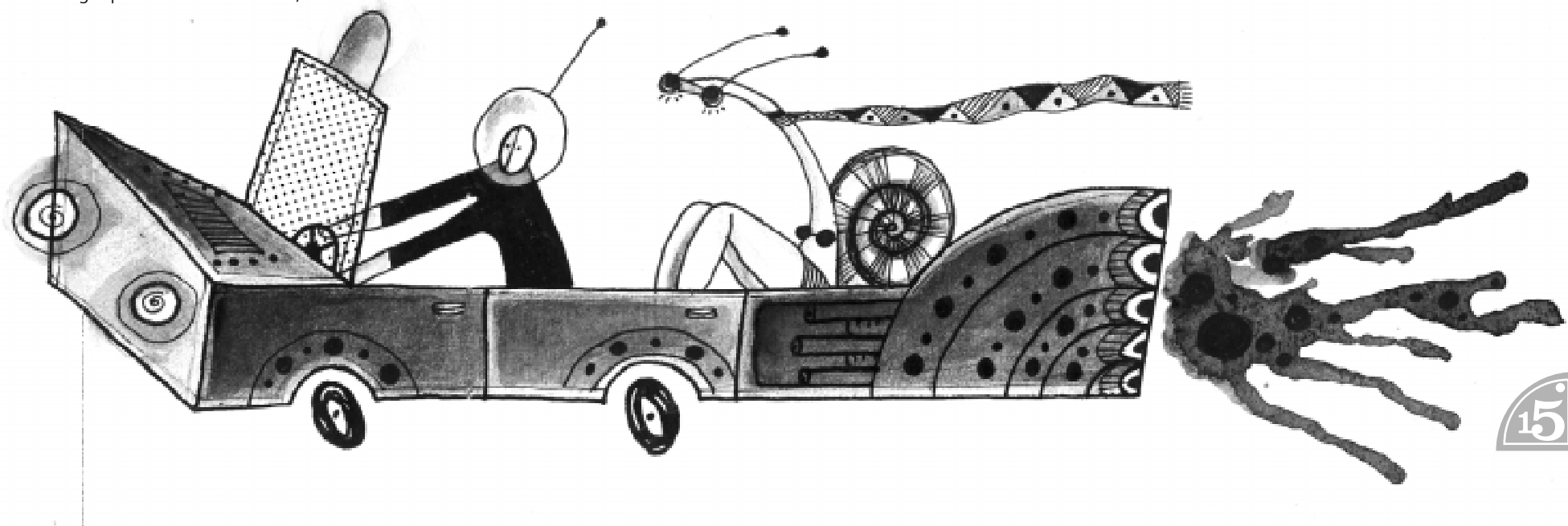
Trabajemos con ahínco, con pasión, con amor, por alcanzar objetivos mayores. Demos gracias por nuestras familias, por nuestro país tantas veces en peligro, tantas veces salvado por la unión del pueblo, única que nos puede garantizar pasar este último estrecho camino que nos separa de la total conquista de nuestra libertad absoluta: cuando se derrumben las leyes anticubanas, cuando cese la coerción contra Cuba, cuando el bloqueo ya fracturado acabe de desmoronarse, entonces, podremos decir como otros pueblos a lo largo de la historia, que fuimos dignos de nuestro tiempo, de nuestro pasado y merecedores de un mejor futuro.

Se los deseo de todo corazón a mis compatriotas, a mi gente en todas partes del mundo, a mis amigos en Cuba, en La Habana, a mis hermanos de lucha y de vocación y particularmente al pueblo de La Habana Vieja, del Centro Histórico, Patrimonio de la Humanidad, en cuyo vivir y convivir tiene puestos los ojos el mundo.

Veo a las gentes trabajando, veo los edificios que emergen pintados, los tejados que se reconstruyen y todo eso me da felicidad, me da alegría, esperanza.

Me preguntan muchas veces qué tiempo falta para terminar la obra de rehabilitación de La Habana y la respuesta mía siempre es invariable: ¡Otra vida, por favor! ¡Otra vida y otra para alcanzar a ver mucho más de lo que vi! ■

http://www.lajiribilla.cu/2004/n139_01/139_07.html





LA JIRIBILLA

«SUBVERSIÓN» de Cuba y Venezuela

El gobierno de Bush tiene razón en preocuparse con respecto a lo que Cuba y Venezuela puedan hacer para desestabilizar aún más la capacidad de influencia de su país en América Latina. Solo que lo que él llama la «subversión» —revelando su nostálgica visión de la «guerra fría»— es otra cosa, más peligrosa que cualquier ayuda económica, entrenamiento de guerrilleros o propaganda ideológica. Son cosas para las cuales los ojos miopes del cowboy tejanero tienen dificultad de ver.

Cuando el continente vive su peor crisis social desde los años 30 del siglo pasado, como consecuencia de la aplicación de las políticas que su gobierno y los organismos internacionales en los que Washington tiene hegemonía, recomendaban como las mejores para América Latina, el gobierno Bush tiene razón en preocuparse. Argentina, señalada como el mejor alumno de esas políticas con Carlos Menem, sufre el peor retroceso de su historia, del cual solo podrá recuperarse si mantiene un ritmo continuo de crecimiento por diez años. Menem fue derrotado por la votación del pueblo argentino.

México fue el aliado privilegiado de Washington, ingresó al Tratado de Libre Comercio de América del Norte, como ejemplo de que la integración subordinada consolidada sería el mejor camino para los países del continente. México retrocedió todo lo que había andado y mucho más con la recesión norteamericana y Fox fue derrotado por la votación del pueblo mexicano en junio de 2003.

Sánchez de Losada fue reelecto en Bolivia teniendo al embajador de EE.UU. como su principal asesor electoral, prometiendo retomar sus políticas neoliberales. Su gobierno no duró un año, fracasó estrepitosamente y el pueblo boliviano lo derrotó y lo depuso en las calles y campos del país.

Alejandro Toledo, en Perú; Jorge Battle, en Uruguay, agotan rápidamente sus gobiernos, quedando a la espera del fin de sus mandatos y de ser derrotados en las urnas por los pueblos de sus países.

El gobierno chileno firmó uno de los tratados más vergonzosos que jamás se hayan suscrito en nuestro continente con el gobierno de EE.UU., un preanuncio de lo que sería el ALCA y que permite a los capitales norteamericanos circular por Chile como si estuviesen en Michigan o California —o, peor, porque algunos estados de EE.UU. tienen legislaciones que mínimamente los protegen de algunos excesos, toda vez que el gobierno de Ricardo Lagos se entregó atado de pies y manos a los capitales norteamericanos, renunciando a la soberanía que aún le quedaba al país.

El ALCA es derrotado dentro y fuera de EE.UU., como reveló la reunión de Miami, con un consenso generalizadamente contrario a los designios norteamericanos de abrir de par en par todas las fronteras del continente para sus capitales.

Mientras tanto, Cuba y Venezuela firman y ponen en práctica un tipo bien distinto de intercambio, en el que cada país provee al otro lo que posee: Venezuela da petróleo a Cuba y a cambio recibe medicamentos, técnicos en alfabetización, en medicina social, en deportes. Esto convencionalmente se suele llamar «comercio justo», en el que cada país da lo que dispone y recibe lo que necesita, independientemente de los precios del mercado internacional.

Más allá de ese «mal ejemplo», los dos países privilegian lo social, destinando el grueso de sus recursos para universalizar el derecho a la educación, la salud, la vivienda, el saneamiento básico, la información, la cultura, al tiempo que otros gobiernos del continente continúan aplicando las orientaciones del Fondo Monetario Internacional (FMI) y privilegian el ajuste fiscal.

Son intolerables para Washington los ejemplos dados por Cuba y Venezuela. Cuando acusa al principal líder boliviano, Evo Morales, de estar abastecido por Cuba y Venezuela, en su cabeza mercantilizada, siempre está presente el argumento de aprovisionamiento de dinero, cuando se trata, en verdad, de aprovisionamiento de modelos no mercantiles de construcción de sociedades de intercambio entre los países.

Justas las preocupaciones del gobierno de Bush. Que ponga sus barbas en remojo, porque estos años no son nada propicios para su ideología belicista y su concepción mercantil de las relaciones económicas. Cuba y Venezuela son apenas una punta de un iceberg que resurge como resistencia latinoamericana a la hegemonía imperial y neoliberal de los EE.UU. ▀

http://www.lajiribilla.cu/2004/n140_01/140_29.html



Jefe de Redacción:

Nirma Acosta
Diseño:
Eduardo Sarmiento
Daríen Sánchez
Ilustraciones:
Camaleón



Realización:

Isel Barroso
Webmasters:
René Hernández
Janios Menéndez
Corrección:
Odalys Borrell
Grechel Calzadilla

Consejo de Redacción:

Manuel H. Lagarde
Julio C. Guanche
Rogelio Riverón
Bladimir Zamora
Omar Valiño
Joel del Río
Daniel García
Ernesto Sierra
Jorge Ángel Pérez

Instituto Cubano del Libro, Palacio del Segundo Cabo
O'Reilly #14 esq. Tacón, La Habana Vieja.
☎ 862 8091 ✉ jiribilla@cubarte.cult.cu Precio: \$1.00
www.lajiribilla.cubaweb.cu www.lajiribilla.cu
Impreso en los talleres del Combinado Poligráfico Granma

